
3 1761 09546653 8

BIBLIOTECA
NUEVA ESPAÑA

IMPRENTA DE LOS EDITORES

ALFONSO REYES

# HUELLAS

1906-1919





MEXICO
EDITORIAL ANDRES BOTAS E HIJO
1a. BOLIVAR 9
1922



Reúno en este libro versos escritos entre 1906 y 1919. De los versos antiguos, he procurado salvar cuanto era posible, esforzándome dolorosamente por respetar y aceptar lo que ya apenas es mío. De los versos nuevos sólo doy algunas muestras aisladas.

Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos. Voy de prisa. La noche me aguarda, y está inquieta.

En este libro hay mucho de recuerdo: prefiero que vuelva hasta mí, como un recuerdo, en los barcos que me traen a Europa las memorias de mi familia y mis amigos lejanos.

(¿Os acordáis, amigos?—Los altos balcones se abrían sobre una avenida espaciosa, donde bailaba la luz artificial. A un lado, la silueta de la Catedral,—¡ya la llevo impresa en el alma!— y a otro, cabeceando, los árboles de la Alameda, negros en la noche, graves en la noche. Se oía la música de los pensamientos. Hablábamos a coro... ¡Oh, mar del tiempo! mar del recuerdo! Oh, vida, vida vertiginosa!)

A. R.

# I

# VOLUNTADES

## SONETOS EN ELOGIO DE ANDRÉ CHENIER

### Invocación.

Musa de antigua prez: el aire anhela
la palabra escuchar que ayer decías.
Hoy, con alborozadas armonías,
oye cómo renace y cómo vuela.

De Arcadia vino con la pastorela
el poeta pastor que conocías:
él te invocaba, y tú que enmudecías
de antaño, resurgiste; y nos revela

súbita tu canción aquel tesoro
de aquel país de las cigarras de oro,
adonde son de mármol las montañas

y hay ninfas en las fuentes, y en las cañas
Siringas que precaven su decoro.
y dioses por las úberas campañas.

## Recuerdo

Hijo feliz de la más dulce zona,
próvida Grecia lo acogió a sus pechos,
brindándole con todos los provechos
de sus cuatro estaciones. La zumbona

abeja sus panales le abandona
y el emparrado, derramando a trechos
su verdura, le allega los deshechos,
rojos racimos que nutrió Pomona.

Rapsoda y bucoliasta, menosprecia
la muchedumbre que le estorba el paso:
va tras una visión y, entre gemidos,

clama, altivando el rostro: "¡Grecia! ¡Grecia!"
Y a tal evocación, tiemblan acaso
los venerables montes adormidos.

## Invitación.

Rapsoda y bucoliasta, en los lagares,
dentro el vino que hierve y que chorrea,
la gente viñadora se recrea
con danzas y canciones familiares,

y moja los sedientos paladares
el zumo que en los cántaros se orea.
Tú, mientras tanto, en ansiedad pimplea
concierta con su ritmo tus cantares,

y con las siete cuerdas de la lira,
o con las siete bocas de la flauta,
ven a cantar de Dafnis que suspira,

de Neso moribundo y Deyanira,
de Heracles domador, de Europa incauta,
y del travieso Pan que acecha y mira.

* * *

Inspira tu cantar en las ligeras
coplas de Anacreón; en la sabrosa
tonada de las viñas, que rebosa
mieles de otoños y de primaveras;

en el tardo cultivo de las eras;
en la rabia de Aquiles desastrosa,

y en los bravos que fueron abundosa
ración para las aves carniceras.

Y como logres que tu voz se adiestre,
prueba a tañer la música silvestre:
ensaya, ensaya en el carrizo tosco:

¡A ver si resucitas con tu encanto
(ay manes de Teócrito y de Mosco)
la imperativa sencillez del canto!

## A los pastores

¡Y va a cantar! Oídle, mis zagales,
sombras amigas de los años muertos,
zagales que corríais por los huertos
o guardábais los tiernos recentales;

Dafnis, Tirsis, Menalcas, inmortales
por el poder de la canción, y expertos
en lides de pastores, y disertos
en palabras, y en ánimos cabales:

Oíd la sinfonía cómo brota:
ya cual raudo torrente que borbota,
o ya cual sesgo vagabundo río.

Oíd, suspensos; detened el paso;
y dad luego al cantor el mosto frío,
ungiendo en cera perfumada el vaso.

# La canción

## I. El Amanecer.

El éter brilla. Rúbea su lumbre
aviva el sol y, sosegadamente,
gana Helicón, lo incendia de repente;
y llamean después cumbre tras cumbre.

Tiembla un bosque de lauros. La quejumbre
de la ave canora se presiente
más que se oye; y rinden torpemente
los árboles su añosa pesadumbre,

como asombrando idilios de pastores
idílicos. ¡Oh Gay! Y cuántas gomas
suda el tronco! Los hímenes dan flores,

cunde la savia, se derrumban pomas,
se buscan los cabritos triscadores,
¡oh Gay! y todo es luz, y amor y aromas!

## II. Diana.

A juzgar por el ruido de la fronda,
alguien llega: un temblor en el ramaje
revela fuga, o tímido espionaje
de caprípedos. Surgen de la honda

selva las ninfas y, bailando en ronda,
cercan a Diana que olvidó el ropaje
y se recata mal con la salvaje
y enmarañada cabellera blonda.

De pronto escapan. Un galope truena;
ceden los juncias; la hojarasca suena.
Y, en lugar del raptor que las espanta,

ciervo nervioso y ágil aparece,
huella el suelo, y extático levanta
la grave cornazón que lo ennoblece

## III. Diálogo.

Caminas con la grey. Es en la tarde.
—¿Cantas pastor?
—Yo no, pastor, que lloro.
—Pienso que es cosa igual: en el sonoro
carrizo, Pan solloza y canta.
—Guarde

cada cual su dolor y no, cobarde,
quiera echarlo de sí cantando.
—Ignoro.
que haya otra ley para cantar.
(El oro
del ocaso se apaga. Apenas arde

luz vesperal.)
Y dime, anciano, es cierto
que a un zagal de estos valles amoroso
ayer hallaron entre flores muerto?

—¡Ay, sí zagal! Y cuentan que sus cabras
lo buscan... (Por el campo silencioso
siguen. Ya no se oyen sus palabras.)

## Epílogo.

El poeta pastor sigue cantando
y, a la virtud de sus piadosos ruegos,
se empeñan en vivir los dioses griegos
y siguen, como sombras, desfilando.

Y los labriegos siguen escuchando,
y se hallan tan absortos los labriegos,
que ni ven a los tímidos borregos,
al mastín guardador y al lobo infando

unidos escuchar. Y a poco, es fama
que, huyendo el ave su flexible rama
y su espelunca montaraz la fiera,

llegaron todos atraídos. Y era,
en manos del pastor, más que una rama
tosca, el callado, un tirso en primavera.

* * *

Bardo pastor: nos deja una esperanza
como de bienestar tu cantilena
vuelva el hombre, aliviado, a la faena:
la henchida troje la dará bonanza.

Con la tierra tendrá como una alianza;
próspero el surco le será, y ajena

la vida al sobresalto y a la pena,
le llegará la muerte con tardanza.

Tu gran canción que por el aire cunde
con la naturaleza nos confunde.
¡No pares la canción! Duélate el llanto

de los poetas y de los pastores,
del viento sin tu voz que lo fecunde,
y del mismo dolor sin que lo llores.

## LA TUMBA DE MANUEL JOSÉ OTHÓN

Llega calladamente, oh peregrino,
adonde moran las campestres diosas:
ellas mantienen sin cesar mis losas
de miel regadas, y de leche y vino.

Porque entiendas que soy mortal divino,
mira nacer de mi ataúd las rosas:
se mantuvieron sin cesar briosas,
al austro asolador y al cierzo fino.

Sangre es que por las venas de la tierra
se trasmutó para alfombrar mi albergue,
que en mi humano despojo nada espira:

Mi alma en el canto de las aves yerra,
y en mi tumba un laurel dos ramas yergue
que remedan los cuernos de una lira.

México, 1907.

## EN LA TUMBA DE JUÁREZ

¡Manes del héroe cantado! ¡sombra solemne y austera!
Hoy que de todos los vientos llegan los hombres en coro,
echan la sal en el fuego y, al derramar la patera,
dicen el texto sagrado de gratitud, y el decoro
del pavimento se exalta con los licores y mieles;
y con tu lanza de piedra, y con tu escudo de pieles
vienes a oír los cien himnos de las cien bocas, y el quieto
aire se anima de pronto con tu carcaj, que repleto
de las aljabas sonoras a tus espaldas resuena;
hoy que por montes y campos se oye el triunfal caracol
yergues la estoica figura bajo la lumbre del sol;
hoy que a tu influencia divina gana el espanto a los seres,
y que combaten las águilas entre las nubes, y el rudo
Genio del Bosque despierta toda su fauna,—pues eres
el Domador de los Tigres, y con tu lanza y tu escudo
vienes a oír nuestros himnos; pues con tu clava titánica
grave dominas, y el ceño torvo contraes, y ahuyenta
sorda tu cólera el brío de los guerreros y grávida
se hincha la tierra en volcanes a tu mandato, y violenta-
mente su entraña vomita, para servir tus hazañas,
armas forjadas a fuego dentro las propias entrañas,
¡alto Señor de la Selva!, por tu vigor primitivo,
¡salve!; por las armaduras y las coronas deshechas
que con estrago derrumbas a tu poder; por el vivo
hálito heroico que insuflas a tus designios audaces,
¡salve, Maestro del Arco!, por la virtud de tus flechas
con que clavaste en el cielo rojas estrellas fugaces!

Camina con bíblico ceño, y su sombra, en desiertos y (eriales
echa germen, y abona, y provoca los verdes ilustres rosales.
Animo sobrio y rígido de los primeros romanos
que, con interno furor, indignaciones cultiva,
hasta que el fuego madura, y hace brotar de las manos
todos los rayos, y enciende todas las cumbres, y aviva
todas las fuerzas del aire, y siembra pavor en los llanos!

Va en romería seguido de augures, poetas, guerreros
que soplan las trompas tremendas por derribar la muralla.
Tiembla el cielo un instante: páranse a ver los romeros:
toda la luz, de pronto, se condensa en aurora, que estalla,
desde el zenit a la tierra, en lluvia de sangre potente;
alzan los hombres los brazos: buscan al Ojo Clemente;
cantan los propios esclavos, sacudiendo la grave cadena;
gana el espanto a los seres, se oye el triunfal caracol,
y, oh vencedor de Dragones, héroe cantado: serena
yerges la estoica figura bajo la lumbre del sol!
Tal como, al alba, la luna se licúa en el lácteo vano,
tal palidece de súbito el cándido Maximiliano.

Vengan de lejos las gentes cantando los innumerables
himnos; los nobles provectos rememoren los bélicos años;
emprendan la danza heroica los adolescentes amables;
írganse rotas banderas; oigan hasta los extraños
el ruido glorioso y espléndido del júbilo nuestro sonoro;
luzcan, de día, los astros sus cinco fulgores de oro;
presida la sombra de Píndaro en el triunfo de los gladia- (dores:

"¡Io Peán!",—los oráculos aconsejan el canto, cantores.
Y ancianos y adultos y niños celebren el aniversario,
los unos callados, los otros disertos, los otros locuaces.
La pulsación de la tierra se agita; en el ímpetu agrario,
se rebela ampujando los tallos. Y las fieras están voraces,

y los pájaros gritan y asordan. Nosotros, vestidos los áni-
(mos
de orgullo y respeto, traemos hasta el lugar funerario
la vieja oración que aprendimos, los votos, el hereditario
ritual. Y los prístinos manes de los abuelos magnánimos,
oyen la misma plegaria caída de labios paternos,
—herencia común y tesoro, vigor de la raza.—Nosotros
nos damos al gozo franco que, como los ritmos eternos,
año por año renace, prende en amor a los potros,
conmueve las ansias dormidas, revela las fuentes obscuras,
sopla lujuria en la selva, quema las castas cinturas
—¡oh, Primavera!—y abruma el aire de polen, de frutos
los árboles, bulle los gérmenes, atiza el fecundo calor;
y año por año nos rinde, para servir los tributos
en la calenda de Julio, una cosecha de amor!

El aire encantado aguarda la voz de las vírgenes; yedra
corona las sienes.—Lleguemos al catafalco de piedra,
hoy que, anunciado a los pueblos por el triunfal caracol,
yérguese el héroe, gigante, bajo la lumbre del sol!

18 de julio de 1908.

# EL DIOS DEL HUERTO

Esto que voy a contar
lo vine soñando
por unos besos traidores
que se me fugaron
de junto a los labios!

¡Mal haya mi astro!
Que se me fugaron los besos
de junto a los labios!

Al pilar de un viejo Término
—espanto de robadores—
enredó una vid el tallo,
y fue trepando hasta donde
privada de más apoyo,
coronó la frente noble,

Hojas soltaba la vid
y racimos de colores;
de modo que en tánta pompa
el dios Término adornóse,
que a poco desaparece
y entre el follaje se esconde.

¡Mas no! Que el rostro surgía,
asomado entre verdores,
para vigilar el huerto
de pájaros y ladrones.

En tanto, la vid soltaba
sus racimos de colores;
y, por virtud de la suerte,
sobre los labios inmóviles
del dios, suspendió un racimo:
¡racimo de tentaciones!
¿Fué verdad o fue mentira?
Lo inventaron los pastores?
O fueron los caminantes?
o quien los versos compone?
No, que lo vió quien lo canta:
créalo, pues, quien lo oye!
A tánto el ansia llegó,
que el viejo Término, entonces,
hasta lanzaba clamores;
y esto el cuitado decía
con amargurísimas voces:

"¡La vid desdeñosa!
Me tienta y se mofa!
En muy mala hora
me vino a tentar
¡Y mucho que anhelo,
y nada que puedo,
y aínas que muero
de tanto anhelar!

Y el racimo desdeñoso
—¡racimo de tentaciones!—
iba nutriendo su jugo,
concentrando sus dulzores.
Hasta que, a influjo del año
—buena la sazón—cayóse
la primer perla de mosto
sobre los labios temblones!
y a su vez todas las uvas
(creedlo, quien lo conoce

lo cuenta), dulces, hinchadas,
deshechas, cayeron sobre
la boca del dios dc higuera
que guarda la linde al bosque.

Unos besos prometidos,
pero con engaño,
ha un año que me tenían
ansioso y huraño,
¡Me río del daño,
y ya ni me plaño,
pues que maduran los besos
a influjos del año.

México, oct. 1908.

## SALUTACION AL ROMERO

"Caminas por el prado, que está de primavera,
y, ciego, ¿no contemplas sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde , ciego, conduces la carrera,
alzando a Dios las palmas que llevas en la mano?

"Ciego del mundo, y sabio para mirar el cielo,
sueltas el alma por donde los astros van,
como en la noche obscura, por el Monte Carmelo,
erraba, libre, el alma del místico San Juan.

"La tierra estaba verde, el cielo estaba rosa,
y, lejos, en el cielo, fulguraba una cruz.
Pasaste tú, romero, y no mirabas cosa,
sino, en el cielo, la maravillosa luz.

"¿Andabas por el prado, que está de primavera,
y, ciego, no miraste sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde, ciego, llevabas la carrera,
alzando a Dios las palmas que ofrecía tu mano?

"A mí que, donde piso, siento la voz del suelo,
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?
¿Qué buscas, con los ojos fatigados de cielo,
más alto que la vida y sobre la pasión?

"Romero: en el crepúsculo vuelan los serafines.
En la dorada luz te borras para mí.
Tu alma y el crepúsculo se mezclan, por afines,
y, en la tarde, tu lámpara arde como un rubí.

"La sacrosanta lámpara donde quemar perfumes;
la de alumbrar, nocturna, la trabajosa senda;
la que ha de velar por tí,cuando te abrumes
en medio de la noche azul, bajo la tienda".

El romero, que estaba en medio de la tarde,
me mira silenciosamente, con claridad:
yo no veo en sus ojos mentira ni alarde,
sino la inmóvil luz de la fatalidad.

La lumbre de la tarde se apaga. Raudo giro
de imperceptibles pájáros vibra con suave son.
Y un grito, y un sollozo, y un canto, y un suspiro
se ahogan en la tarde como en mi corazón.

1909

## LO ELEGIA DE ITACA

Ni forma de la vida, ni pensamiento pasa,
ni luz, ni voz, ni tengo calor ni compañía,
cuando, súbitamente, rompiendo el alma mía,
penetran, como pájaros, los ruidos de la casa.

¡Claro rumor del agua bajo los platanares,
y canto de las aves en el amanecer!
Y ¡oh, visión de las nobles figuras familiares,
que ya no he de miraros donde estábais ayer!

Dispersos los hermanos ¿qué harás, antigua casa,
adonde cada objeto me saludaba ya?
¡Si hasta la misma tierra, después que el agua pasa,
ansiosa se pregunta si ya no pasará!

Camina con tu cruz; llévate, peregrino,
lo poco que guardábamos de paz y de virtud.
Yo voy también abriendo con los pies el camino,
soltando a cada trecho mi gota de salud.

Los remos temblorosos esperan la partida:
Itaca y mis recuerdos—¡ay amigos!—adiós.
Somos dos en la barca: el agua está dormida.
¡Ya diremos los cantos del mar entre los dos!

Sep. 1909.

## ODA NOCTURNA DE LA ESPOSA

Esta noche todos los pájaros
quieren cantar.
¡Ah, dejemos dormir la tiránica
ley del hogar!
¡No, me brindes tanto reposo,
ni he de echar aceite en el fuego,
ni la sal, señor!
Yo cultivaré tus canciones,
y de mí, señor,
ya tendrás un hijo armonioso
como Euforión.
Nuevo amor te ofrezco que aliente
sólo de mirar,
de cantar, agitar antorchas,
y de danzar.
Danzas pide la noche, amigo,
y he de danzar:
¡Deja andar mis pies en la danza,
déjalos andar!
Esta noche todos los pájaros
quieren cantar:
¡Ah, dejemos dormir la tiránica
ley del hogar!
A las cotidianas cadenas
me libertaré;
tú estarás ansioso mirándome,
y no danzaré.

Yo, a sentir la noche libérrima,
que soy la pasión;
Y tú, a sembrar las mejores semillas,
las semillas de tu canción.
Nuevo amor te ofrezco que aliente
sólo de mirar,
de cantar, de agitar antorchas
y de danzar.
Ya tendrás un hijo armonioso
como Euforión.

**Esposo:**

Oye, deja andar mis pies en la danza,
Que soy de amor!

México, Septiembre, 1909

## EL DIOS DORMIDO

Al arrullo de sus brazos,
dormido un Amor reía.
Ella, de verlo tan niño,
le cantaba, lo mecía.
Yo, contemplando los dos,
muy temeroso decía:

"Aguerrido es el chicuelo,
dudo de llevar, amiga.
Las tristezas que aquí pienso,
razón es que te las diga.
(Cuida no nos oiga Amor,
que, en sueños, oír podría:
Si escucharas lo que digo,
¡sabe Amor lo que sería!
Canta en poridad, señora,
que abrir los ojos podría,
y si abre el Amor los ojos
se nos oscurece el día).

"Bien nos estamos, señora,
ni yo tuyo, ni tú mía:
mira que son los instantes
cicatrices de la vida,
y se gana, hablando gustos,
sólo cavilar fatigas.
(¡Cuida no nos oiga Amor
que, en sueños, oír podría!)

No hagamos dolor de siempre
el regocijo de un día.
¡Si abriera el Amor los ojos,
sabe Amor lo que sería!

"Yo, al arrimo de tu puerta,
por las noches lloraría;
la gente que allí me viera
yo juro que se reía;
lo que hoy me das en confianza,
cautela se tornaría;
hoy puedo besar tu mano,
entonces la esquivarías;
hoy te contemplo a los ojos,
entonces la esquivaría,
El niño que tierno arrullas,
verdugo se trocaría;
y, luego de tánto mal,
como es tan chicuelo, iría
a echar los dados con otros
niños de su compañía!...
(¡Cuida no nos oiga Amor
que, en sueños, oir podría!)

Y, con el fardo en los brazos,
Ella, a par que lo mecía,
soñando, como el Amor,
escuchaba y sonreía,
escuchaba y sonreía...

1910.

# SALMO DOMESTICO

Hoy entregarme intento
a recorrer los años, clara esposa,
dando al esparcimiento
la siesta luminosa,
la charla de la siesta perezosa.

¡Viniera ya la muerte,
que todos la figuran afligida;
al peso de mi suerte
rindiérase mi vida,
y yo no la llorara por vencida!

Gemid el corto trecho:
no yo, que de cien obras acabadas
las manos voy, cargadas,
y gusto su provecho,
y el cauce del vivir tracé derecho.

¡Y tú no lo sabías!
Andaba yo de viaje por tu alma.
¿Andaba, y no sabías,
amada, por tu alma,
borrando los enojos de tus días?

Borrando tus enojos,
viniste a reflejar mi pensamiento:
naciste de mis ojos,
hicísteme contento,
y toda tu virtud fue sentimiento.

¡Llamad à mis ventanas,
pues miro que asomásteis las cabezas!
Veréis caras ufanas,
que no veréis tristezas,
así traigáis ceniza en las cabezas!

En alma estoy labrando,
y, en alma viva y ser, al cabo miro
lo que forjé soñando,
aquello en que deliro
y para lo que sólo soy suspiro.

Cogiendo los instantes,
aquí me estoy en gozo y en holganza,
sin gritos alarmantes;
ni ya dolor me alcanza
que no se trueque luego en esperanza.

Borrando tus enojos,
viniste a reflejar mi pensamiento:
naciste de mis ojos
y para su contento,
y toda tu virtud fue sentimiento.

Amada, a la mañana,
los hacendosos brazos desnudaste;
te ví sabrosa y sana;
la casa me ordenaste,
y, todo lo cansado, lo mudaste.

¡Ay, ojos de alborada
que, cuando al cielo miras, lo despejas!
Esposa mía, amada
que toda luz reflejas:
pondré claveles sobre tus orejas!

Ligeros como el gamo,
si vas a regalar al cesto flores,
juntados del reclamo,
yo sigo tus olores,
tú sigues las canciones que derramo.

Que ya es ocioso el día,
si no ha de ser su antorcha para verte,
y el ansia ya es porfía,
y la tardanza fuerte,
¡y larga la costumbre de quererte!

1910.

## FILOSOFIA A LALAGE

Duerme en la chispa frágil la palpitante fragua;
y en el fugaz intento, nuestra fatalidad:
seamos, por el noble silencio, como el agua
quieta, que se enamora de su inmovilidad.

Al remero del alma, que dé paz a los remos;
al destino, que frene de pronto su corcel.
Apaga el ansia, baja la voz, filosofemos:
y no nos oiga el sueño lo que decimos dél.

1910—1920.

## LAMENTACION DE NAVIDAD

### I

Desolada la noche que algún día
fuera el asilo del placer eterno,
y, roja de leyenda, se encendía
a templar los rigores del invierno!

La Virgen desataba su corpiño
surge el milagro original que encierra;
y era, bajo los ojos de Aquel Niño,
reciente creación toda la tierra

¡Faro del mundo, estancia iluminada!
Como una mirada del destino,
la bandera de luces desplegada
sale de la ventana hacia el camino.

Y, lejos, brillan seis chispas de oro
de seis ojos ardientes. Y son ellos.
Y trotan con un ímpetu sonoro,
a la luna, dorados los camellos.

¡Noche llena de luz! Hay un derroche
de estrellas en vibrante caravana.
Y palpitan los senos de la noche,
al jadear de la familia humana.

## II

“No para tí se edificó la casa,
modesta y recatada en el camino;
ni el lecho para tí, ni el pan, ni el vino.
Cobra tu fardo, y adelante pasa.

“No se encendió el fogón a tu regalo,
ni la charla sencilla de la venta
se movió para tí, ni te contenta:
que a golpes de dolor te has hecho malo.

“No las claras surgentes de la vida
busques para tu labio consumido:
tú, a la prisión de hielo del olvido,
no a la íntima fiesta recogida.

“No vengas a turbar las emociones
que apagaste al soplar de la razón.
¡Sigue, viajero! Ya tendrás canciones
para que puebles tu desolación!

Sigo...Mi labio en el dolor Te nombra.
¡Ni el lecho para mí, ni el pan, ni el vino!...
La tea empujo a descubrir camino:
¡se apaga en las pestañas de la sombra!

## III

Señor, mi Dios, corona de los mundos,
rey de la Biblia, voz de los arcanos:
hiéreme con tus dientes iracundos,
úsame como una de tus manos;

Dame obras qué cumplir; hazme profundos
signos con que me atiendan mis hermanos;
o hazme volar, como haces con los granos
hasta la tierra en que serán fecundos.

Asombros quiero, porque estoy lloroso,
y de tu majestad sentir las huellas
para seguir mi rumbo proceloso.

¡Surge, pues, con tu azote de centellas,
y sobre el universo clamoroso,
ruede tu carro, castigando estrellas!

1911.

# LA TONADA DE LA SIERVA ENEMIGA

Cancioncita sorda, traste,
desafinada canción;
canción trinada en sordina
y a hurtos de la labor,
a espaldas de la señora,
a paciencia del señor;
cancioncita sorda, triste,
canción de esclava, canción
de esclava niña que siente
que el recuerdo le es traidor;
canción de limar cadenas
debajo de su rumor;
canción de los desahogos
ahogados en temor;
canción de esclava que sabe
a fruto de prohibición:
—toda te me representas
en dos ojos y una voz.

Entre dientes, mal se oyen
palabras de rebelión:
"¡Guerra a la ventura ajena,
guerra al ajeno dolor!
Bárreles la casa, viento,
que no he de barrerla yo.
Hílales el copo, araña,
que no he hilarlo yo.
San Telmo encienda las velas,

San Pascual cuide el fogón.
Que hoy me ha pinchado la aguja
y el huso se me rompió;
y es tanta la tiranía
de esta disimulación,
que aunque de raros anhelos
se me hincha el corazón,
tengo miradas de reto
y voz de resignación".

Fieros tenía los ojos
y ronca y mansa la voz;
finas imaginaciones
y plebeyo corazón.
Su madre, como sencilla,
no la supo casar, no.
Testigo de ajenas vidas,
el ánimo le es traidor.
Cancioncita ronca, triste,
canción de esclava, canción:
—toda te me representas
en dos ojos y una voz.

## LA HORA DE ANAHUAC

Ya con incierta pupila el crepúsculo parpadea,
ya las prudentes aves, regalo de tus estaciones,
cimbran la cuna del ramo; ya tu laguna humea,
al fresco de la tarde, sus nubladas exhalaciones.

Cuando, en hilera rítmica, bajan del monte a los llanos
ciervos del Anáhuac, ostentando las altas diademas:
hijos de los vientos, articulando las manos,
corren sobre las puntas de las flores y de las yemas.

Ya los hocicos frágiles rayan la honda por
donde los cuerpos rasgan como por una red:
escúrrenles las getas, y hay en la pierna un temblor
que pinta sobre el agua palpitaciones de sed.

Así—oh siglos—hallábanles los cazadores de pumas,
atisbadores pacientes del inefable minuto:
vibra en el cuello del ciervo la flecha regida de plumas,
y dóblase el ciervo, súbito, arrodillando el tributo.

¡Hora que viste acaso rodar su corona al suelo:
recata con tu manto las agonías felices!
Crudo el ojo explora la lobreguez del cielo:
rojos hilos corren de las hinchadas narices.

¡Hora que vas girando hacia las horas perdidas:
echa a vivir del seno alucinaciones felices!

Ya llora la leyenda por las selvas extremecidas,
adonde canta el Rey nutrido con dulces raíces.

A quien, bajo los tiros que atinan su honda y su piedra,
águilas y serpientes saltan, figurando blasones:
a quien la roja venganza rindió su cuchillo de piedra:
a quien la blanca justicia dio las riendas de tres naciones.

Crinados los guerreros, van en legión escogida:
¡temerosa muerte la que su puño asesta!
Mientras de las cabezas huye indignada la vida,
las enemigas orejas colmaban flexible cesta.

Hora que ya desmayas en el cendal de la noche:
cifran tus estrellas unas fatídicas fechas.
Surges tú, Ilhuicamina, bajo el capuz de la noche,
y alargas la mano a los astros para recobrar tus flechas.

Y tú, Rey Sacerdote, los horóscopos meditando,
eras miserable como la última flor.
Huye la casa de esmaltes, ve por las aguas llorando,
que los cometas mortales anuncian al Hijo del Sol.

Nacen de la sombra cubos ciclópeos y bárbaros,
donde cuadrado el ídolo abre las pupilas sin luz;
y sobre las cúes, como siniestros relámpagos,
en zozobras de oro cintilan fulgores de cruz....

Huérfano el santuario de corazones vivos,
y los oídos del llano del ululato guerrero,
irás con frente pálida, y a tus ojos sensitivos,
las danzas de tus enanos serán el alivio postrero.

El, erizado de púas como enemigo cardo,
tú, dulce y turbador como magnético lirio,
mira, bajo el penacho y el amenazante dardo,
alzarse un bulto de hombre más capaz que tú de martirio.

¡Oh, Príncipe de la Piragua! ¿Qué te valdrían perdo-
(nes?
¡Siégale, Conquistador, con el cuchillo que llevas!
(¡Ultima hora de Anáhuac: llora sobre las naciones,
hora que tiendes el cuello a la hoz de las horas nuevas!)

México y Madrid, 1909—1915.

## FANTASIA DEL VIAJE

Yo de la tierra huí de mis mayores
(¡ay casa mía grande, casa única,
—Cardos traje, prendidos en la túnica,
al entrar en el valle de las flores.

Llegué hasta el mar: ¡Qué música del puerto!
¡Qué feria de colores!
No lo creerán: ¡si me creyeron muerto!
¡Ay, mi ciudad, mi campo aquél sin flores!

He visto el mar: ¡Qué asombro de los barcos!
¡Qué pasmo de las caras tan cobrizas!
—Los ojos, viendo el mar, se tornan zarcos,
y sueñan en banderas hechas trizas.

¿Y el marino aquél, hijo de Europa
(¡ay, ubres de la loba, ay, ubres!)
que ostentaba, acodándose en la popa,
los brazos recamados de mayúsculas azules?

Yo iré por mis natales caseríos
como una fatalidad:
¡Ay montañas, árboles, hombres míos:
he visto el mar!

Yo grabaría, yo, sobre la seca
madera de mis árboles nativos;

para oír resonar sus ecos vivos:
¡he visto el mar!

Lo diría en la polvorosa calle
de mis aldehuelas, de aquellos pueblos
cálidos, donde el aire del ventalle
se lleva las palabras en sus vuelos.

. . . . . . .

¿quién lo creería de los viejecitos
que cuentan nuestros años con los dedos?
Hablan: el aire de los abanicos
se lleva las palabras en sus vuelos.

Ninguno ha visto el mar.—Palmas. Un río
sesgo y apenas rumoroso corre.
Viven urracas negras en la torre
que relumbra en el oro del estío.

Polvo en la villa, polvo en las afueras.
Hornazas de metal. Bocas de fragua.
Y, por invierno, un vaho en las vidrieras
que se va deshaciendo en gotas de agua.

1916.

## EL DESCASTADO

### I

En vano ensayaríamos una voz que les recuerde algo a los hombres, alma mía que no tuviste a quien heredar. En vano buscamos, necios, el labio del mismo Leteo, reflejos que nos pinten las estrellas que nunca vimos. Como el perro de Chantecler, en quien unas a otras se borran las marcas de los atavismos, o como el civilizado Doctor Mévil,—heredera de todos, alma mía, mestiza irredenta, no tuviste a quien heredar.

Y el hombre sólo quiere oir lo que su abuelos contaban; y los narradores de historias buscan el Arte Poética en los labios de la nodriza.

Pudo seducirnos la brevedad simple, la claridad elegante, la palabra única que salta de la idea como bota el luchador sobre el pie descalzo....Mientras el misterio lo consentía; mientras el misterio lo consentía.

Alma mía, suave cómplice: no se hizo para nosotros la sintaxis de todo el mundo, ni hemos nacido, no, bajo la arquitectura de los Luises de Francia!

II

¿Quién, a la hora del duende, no vio escaparse la esfera, rodando, de la mano del sabio? Con zancadas de Muerte en zancos échase a correr el compás, acuchillando los libros que el cuidado olvidó en la mesa. Así se nos han de escapar las máquinas de precisión, las balanzas de Filología, mientras las pantuflas bibliográficas nos pegan a la tierra los pies.

(Y un ruido indefinible se oía, y el buen hombre se daba a los diablos. Y cuando acabó de soñar, pudo percatarse de que aquella noche los ángeles—¡los ángeles!—habían cocinado para él).

## III

San Isidro, patrón de Madrid, protector de la holgazanería; San Isidro labrador: quítame el agua y ponme el sol.

San Isidro, por la mancera que nunca tu mano tocara, San Isidro: quítame el sol, a cuya luz se espulgó la canalla; quítame el sol y ponme el agua.

Si por los cabellos arrastras la vida, como arrastra el hampón la querida, ella trabajará para tí, San Isidro, patrón de Madrid: deja que los ángeles vengan a labrar, y hágase en todo nuestra voluntad.

IV

Bíblica fatiga de ganarse el pan, inconsiderado miedo a la pobreza.—Con la cruz de los brazos abiertos ¡quién girara al viento, como veleta!

Fatiga de ganarse el pan: como la cintura de Saturno, ciñe al mundo la necesidad.

La necesidad: maestra de herreros, madre de las rejas carcelarias y de los barrotes de las puertas; tan bestial como la coz del asno en la cara fresca de la molinera, y tan majestuosa como el cielo.

Odio a la pobreza: para no tener que medir por peso tantos kilogramos de hijos y criados; para no educar a los niños en escasez de juguetes y flores; para no criar monstruos despeinados, que alcen mañana sus puños groseros contra la nobleza toda de la vida.

Porque ¿no vale más que eso ser un Príncipe sin corona, ser un Príncipe Internacional, que va chapurrando todas las lenguas y viviendo por todos los pueblos, entre la opulencia de sus recuerdos?

Pero ¿valen más las plantas llagadas por la poca costumbre de andar, que las sordas manos sin tacto, callosas de tánto afanar?

Bíblica fatiga de ganarse el pan, inconsiderado miedo a la pobreza. Alma, no heredamos oficio ninguno, ama loca sin economía:

—Si lo compro de pan, se me acaba; si lo compro de aceite, se me acaba. Compraremos una escoba de paja. Haremos con la paja una escalera. La escalera ha de llegar hasta el cielo. Y a tanto trepar hemos de alcanzar, siempre adelantando una pierna a la otra.

1916.

## LAS PRIMERAS LETRAS

### I

Día de sol o día de nublado,
me arrastras al camino de la escuela;
y sonrío al augurio de un cuidado
que obliga a madrugar, no que desvela.

¡Pajarillo que vive alborotado
y, alborotando, la prisión consuela,
la jaula ignora, desconoce el prado,
y, haciéndose feliz, no se rebela!

¡Y te oigo preferir la jaula al viento
para sólo vivir de melodía,
y callo, para tí, la voz que siento

subir del fondo de la vida mía:
la de sublevación, la de tormento,
la bárbara, la inculta, la bravía!

II

Pero nueva virtud entre en la casa,
y es tu inocente mano quien la guía:
tu mano misma la que ordena y tasa
un nuevo paraíso de armonía.

Por tu pupila dulce y seria pasa
la reposada luz de cada día;
las horas se conciertan, y en la casa
gira—dorados orbes—tu alegría.

Al valor de la tierra te conformas:
mi paz renace al paso que procuras
la ley ceñir.—Y al seno de las Normas
Yo te confío, con plegarias dóciles,

como si te dejara entre las puras
rodillas de los ángeles inmóviles.

1917.

## LUCERO

No de la centinela que vigila
el ansia imitas impaciente y dura,
ni el lloro de la lámpara que apura
el vino escaso, y al arder vacila.

Lucero que dilatas la pupila
en el abrigo de la sombra pura:
eres quietud, y soledad segura,
y, en olvidado mar, nave tranquila.

Oh ¿cómo solitario resplandeces?
¿Cómo tan solo, cómo tan severo,
si tan radiante y fúlgido pareces?

Yo sé de un onda en que tus luces meces:
tu soledad pudo copiar a veces,
no tu alegría ni tu paz, lucero.

1917.

## LA MANDOLINA DEL OTOÑO

Ya rompes, mandolina de lamentos,
gotas de trino salpicando al prado,
y revuelcan las faldas de los vientos
el oro fatigado.

En el crepúsculo del año, canta,
ceñida de violetas la garganta.

—¡Venturosa de tí!—clama la rosa
que, falleciente, al rodrigón se aprieta;
y al eco del suspiro "venturosa",
se abre, azul de celos, la violeta.

El listado melón desaparece
bajo racimos como de corales,
y es una mandolina que florece,
perezosa entre sueños vegetales.

En éxtasis de son la araña huelga;
salta la abeja como chispa fatua,
y el heno de los árboles descuelga
su blanco airón a coronar la estatua.

En el crepúsculo del año, canta,
ceñida de violetas la garganta.

(Pero—¡memorias que el otoño dora,
ácidamente, con punzante júbilo!—

si a nuevas fiestas amanezco ahora,
otras recuerdo con un llanto súbito).

De mis delicias joya cortesana,
de mis virtudes rosa campesina,
óyeme tú: que para tí se ufana,
temblando, el alma de mi mandolina,

En el crepúsculo del año, canta,
ceñida de violetas la garganta.

1917.

## LA AMENAZA DE LA FLOR

Flor de las adormideras:
engañame y no me quieras.

¡Cuánto el aroma exajeras
Cuánto extremas tu arrebol,
flor que te pintas ojeras
y exhalas el alma al sol!

Flor de las adormideras
Una se te parecía
en el rubor con que engañas,
y también porque tenía
como tú, negras pestañas.
Flor de las adormideras

Una se te parecía...
y tiemblo sólo de ver
tu mano puesta en la mía:
¡tiemblo, no amanezca un día
en que te vuelvas mujer!

Madrid, 17 de oct. 1917.

## GLOSA DE MI TIERRA

**Amapolita morada**
**del valle donde nací:**
**si no estás enamorada,**
**enamórate de mí.**

I

Aduerma el rojo clavel,
o el blanco jazmín, las sienes;
que el cardo sólo desdenes,
sólo furia da el clavel.
Dé el monacillo su miel,
y la naranja rugada,
y la sedienta granada,
zumo y sangre: oro y rubí:
que yo te prefiero a ti,
**amapolita morada.**

II

Al pie del alcaparrosa
tiende el manto la alfombrilla;
crecen la anacua sencilla
y la cortesana rosa;
donde no la mariposa,
tornasola el colibrí.
Pero te prefiero a ti,
de quien la mano se aleja:
vaso en que duerme la queja
**del valle donde nací.**

III

Cuando al renacer el día
y al despertar de la siesta,
hacen las urracas fiesta
y salvas de gritería,
¿por qué, amapola, tan fría,
o tan pura, o tan callada?
¿por qué, sin decirme nada,
me infundes un ansia cierta
—copa exhausta, mano abierta,—
si no estás enamorada?

IV

¿Nacerán estrellas de oro
de tu cáliz tremulento,
—norma para el pensamiento
o bujeta para el lloro?
¡No vale un canto sonoro
el silencio que te oí!
Apurando estoy en ti
cuánto la música yerra.
Amapola de mi tierra:
enamórate de mí.

## EL MAL CONFITERO

Es Toledo ciudad eclesiástica.
Para sola una noche del año,
sus vides domésticas
dan un vino claro.

Un vinillo que el gusto arrebola
del epónimo mazapán,
y que predispone muy plácidamente
para recibir hasta el alma el aroma
canonical
de las uvas negras en aguardiente.

Y es que la Iglesia
consiente la gula:
para cada antojo hay una licencia,
para cada confite, una bula.

Y cándido azúcar chorrea
por el "transparente" de la Catedral;
y en sus brazos arrulla la Virgen
al pequeño dios comestible,
rosado y salmón;
y ¡oh, qué famosas tajadas de Alcázar,
si, como es granito, fuera turrón!

Y es que la Iglesia consiente la gula;
y monja sé yo que toda es azúcar.

Y que tiene vicioso al cielo
de la miel hilada del pelo,
y sabe hacer unos letuarios de nueces,
y otros de zanahorias rehaces,
y el diacitrón, codonate y roseta,
y la cominada de Alejandría,
y otras cosas tantas que no acabaría.

¿Pero aquel confitero que había,
que en azúcar y almendra y canela
los santos misterios hacía?

La Pentecostés y la Trinidad,
y el Corpus y la Ascensión,
y un Jesús casi de verdad
con una almendrita en el corazón,
con una almendrita en el corazón.

Pero tienes sus reglas el arte,
y a cada figura, su parte.
Y también hacía un Luzbel
con una cara ácida y larga,
y le ponía en el corazón
una insólita almendra amarga.

¡Terror de las madres: muerte solapada
en las golosinas!
¡Sazón a mansalva,
con el cardenillo de las cocinas!

Bien sé yo que tiene sus reglas el arte,
y a cada figura le toca su parte.

Mas ¿garapiñar almendras amargas,
así sean las del corazón?
Caridades excusadas,
a fe mía, son.

¿Disfrazar un Luzbel con maña,
que se lo confunda con un Salvador?
Caridades excusadas,
a fe mía, son.
¡Oh, buen hacedor!
Hay arte mejor:
no me vendas rencor en almíbar,
si he de hallar acíbar
en el corazón.

Madrid, 1918.

## OCTUBRE

El espíritu de las rosas tiene
vago reflejo azul. Y tus cabellos,
que eran azules bajo nuestros cielos,
rojean desde el ébano ondulado,
sin que falte la vibración de plata
—hebra purísima—de la primera cana.

Preguntándome cuando ronca el viento
—náufrago de la espuma de la noche—
si a la resucitada juventud
faltarán fuerzas para arder al sol
—grano de aroma, gota de perfume—
cómplice grita mi propio corazón

—Remo en borrasca,
ala en huracán:
la misma furia que azota
es la que me sostendrá.

(Y estremecidas en el fondo del pecho,
siento agolparse las fieras del recuerdo).

## INTIMA PROMESA

Al calor del mismo exceso
con que hace tanto deliro
en el capullo de un beso
voy a esconder un suspiro

Y en el suspiro se ahogue
la tentación de un secreto
inquieto como el azogue
y radioso como inquieto

Donde vive un aleteo
igual que un latir profundo
que es todo lo que poseo
todo lo que traigo al mundo

Compás de vida que escucho
en silencio temeroso
cuando exasperado mucho
quiero decirte y no oso

Oyelo cuando en la muda
pulsación del aire exhala
en un tiritar de duda
vago impetu de ala

Míralo cuando cerrando
los ojos vuelvas a tí

aprende a sentirlo cuando
recuerdes lo que perdí

A la ola confiándolo
lancé mi secreto al mar
Ahora que estoy buscandolo
¡la ola sabe callar!

No tiembles si te convido
a tesoros de esperanza
Junto al pescador dormido
la ola el tesoro lanza

Al tiempo que te convenzas
y a mi valor que no llores
(De azabache son tus trenzas
en que se columpian flores)

1919.

# II

# INTENTOS

## VIÑAS PAGANAS

¡Viejero! Detén tu marcha veloz;
penetra en la vid, si anhelas beber,
si anhelas oír mi jónica voz
que canta placer.

La calma rural te brinda el vergel;
te brinda la vid su ardiente licor,
y brinda el panal un sorbo de miel,
y yo brindo amor.

Mis labios manché con vino cordial,
y al beso le doy placer y salud;
y late en mi sien la savia vernal
de la juventud.

Sobre el azahar precioso de abril
la madre común el seno oprimió:
como libación lozana y gentil
su leche virtió.

Y brinda el vergel
la calma rural,
y un sorbo de miel
ofrece el panal.

Yo guardo en la vid un rústico dios
que al canto de Pan imita el vaivén,
y tiene la faz del sátiro, y dos
pitones también.

¡Viajero! A tu amor el jugo daré
de mi uva carnal—mi rojo pezón.
Y el dios cantará triunfal evoé
como una ovación.

México, Julio 1907.

## CORO DE SATIROS EN EL BOSQUE

Estrofa I.

Agotad los racimos rojos
suspendidos sobre vuestras frentes,
y sea la tierra encanto a los ojos,
y mane la vida como las fuentes.

Nos saludan los cañizales
y las hierbas nos abren caminos;
se nos brindan las uvas cordiales;
nos sueltan ramos los nobles pinos.

Antistrofa I.

Por el reino familiar
de la selva el sátiro yerra;
por el mar
los tritones, y por el cielo
la raza de olímpicos: a nado o en vuelo,
van sobre la espuma, van sobre la nube.
Nuestra pezuña al suelo
—dúplice raíz—se aferra,
por donde el vigor de la tierra
sube!

## Epodo I.

¡Cantad en honor de Leneo!
Resucitad con vuestras bocas
la canción mágica de Orfeo
que sabe persuadir las rocas.

Cantad el racimo maduro,
y resucitad la canción
con que, en Tebas, se alzaba el muro,
al són de la lira de Anfión.

Estrofa II.

¡Ay! Mas ¿quién desconoce el llanto?
El mismo dolor que envenena el fruto,
hiere las mejillas, apaga el canto,
golpea el pecho en señal de luto.

"¡Hilas!," gime la voz del llano,
y el viento llora como un dolor,
y Pan, el dios alegre y ufano
(¡Oh Pitis!) oculto plañe desdén de amor.

## Antistrofa II.

Acuitado en los inviernos
y con el calor vernal
jovial,
la frente caprina ornada de cuernos,
fiero yergue el sátiro, o mustio la rinde;
y a sazón del año se ríe o se llora,
según los influjos que brinde
la suerte de Cora.
Aire cálido, aire frío:
rueda o párase el agua del río.
Más todo año tiene su estío:
zumban los insectos, renace la furia del estro.
¡Oé! ¡Oé!
Sólo sigue inmutable el pino.
Llega la vendimia: ¡Oé!
Y es nuestro
el triunfo del vino: ¡Evoé!

Epodo II.

Raza que a la tierra abandonas:
renueva hoy la antigua alianza.
Hombres: reclamad las coronas
y el delirio de vuestra danza.

Hoy que la tierra se prestigia
con nueva flor y nueva mies,
al clamor de la flauta frigía
agitad los rápidos pies.

Estrofa III.

La canción de la flauta oíd;
hombres: escuchad la canción sin lira,
con que Dionisio, dios de la Vid
y dios de la Llama, delira.
Elevad un canto acordado
con el latir del corazón,
y la danza huelle la hierba del prado,
y el ansia trágica brote en canción.

Antistrofa III.

¡Hombres! Escuchad
la antigua sabiduría,
y sembrad
un temblor de vida en el surco eterno
de la hembra. Y nuestra alma ría,
plácida, al consejo que dá la cigarra.
—¡Gloria a la pezuña y al cuerno!—
El vientre del mundo tiembla y se desgarra,
y surgen seres que viven de gozo y martirio.
¡Regocijáos. La tierra
aún guarda calor, y encierra
poderes para el delirio!

Epodo final.

Hijo que a la madre abandona
¿adónde irá que no tropiece?
El laurel de vuestra corona,
hijos torpes, ya no florece.

Pero el vientre del mundo encierra
regeneradora virtud:
¡Ah, venid a besar la tierra,
hasta que retoñe salud!

24 Diciembre, 1908.
(Celebración del nacimiento
de Dionisio.)

## BALADA DE LAS HIJAS DEL REY AMOR

En la más diminuta isla,
donde nadie la descubrió,
habitada por bellas formas
diminutas, que nadie vió...
(¡Oh, los pájaros saben tanto!
la gaviota que lo vió,
la que vuela por tántos mares,
la gaviota me lo contó)
un castillo de miniatura
—el castillo del Rey de Amor—
con sus torres de miniatura
se levanta sobre un terrón.

A la siesta, frente al castillo
—el castillo del Rey de Amor—
diminutos lagartos verdes
suelen ir a beber su sol.
Y en los frescos anocheceres,
a la hora en que muere el sol,
por el aire revolotean
las dos hijas del Rey de Amor.

Héte aquí que a la mayorcita,
que se llamaba Flor de Amor,
un lagarto salió al encuentro

y le dijo cuando salió:
Y en galante doncel de amores
—¿Me darás tu precioso anillo?
Con fatigas lo quiero yo.—
cuando dijo se convirtió.
Y la niña, ¿qué le responde?
Bien oiréis lo que respondió:
—¡Que te alejes y te me apartes,
que lagartos no busco yo
Más no dijo ni más dijera,
que el doncel desapareció,
y quedó sin hablar la niña
que se llamaba Flor de Amor.

Y héte aquí que a la menorcita,
también llamada Flor de Amor,
un garrido galán de amores
en amores la requirió;
y la niña, ¿qué le responde?
Bien oiréis lo que respondió:
—¡Honra sús! bello caballero!
que contigo me fuera yo.
Que me robes sobre la grupa
de tu corcel galopador,
y me lleves adonde sabes
que apetece mi corazón.—
Más no dijo ni más dijera:
el doncel la espuela hincó,
y por el aire huyó la niña
también llamada Flor de Amor.

¿Quién dirá como sigue el cuento
que no atino a seguirlo yo?
¿Para qué recordar los años

—fueron años de dolor—
en que lloraba, hilando el copo,
la mayorcita Flor de Amor.

Una tarde, frente al castillo,
una libélula llegó:
sobre su dorso cabalgaba
la menorcita Flor de Amor.
Era la hora en que las olas
se acariciaban con rumor.
Las luciérnagas encendían
su farolillos de color,
y por el suelo verdeaban
los lagartos del Rey de Amor.
Y un lagarto, y una libélula,
y la mayor, y la menor,
tanto charlaban y reían
que la gaviota no entendió...

La gaviota de tántos mares,
la gaviota me lo contó.
Cuando ya todos son felices
¿a qué seguir la narración?
Otro venga a acabar el cuento,
que no acierto a acabarlo yo.

1909.

## HIMNO DE LAS CIGARRAS

Cigarras, vates de la antigua fábula,
que dialogábais con el viejo Sócrates
bajo el frescor de los ilustres plátanos
hospitalarios:

Cuando, en las siestas, el pastor de América,
por los senderos de los bosques, súbita
oye volar vuestra canción selvática,
cigarra, canta.

Cobran las selvas un prestigio helénico,
y el azafate de la diosa rústica
henchido vuelca por el suelo aéreas
dulces manzanas.

Grecia: prosperan tus hojosos pámpanos;
y, de la copa de tupidos árboles,
dicen tu historia y tu leyenda gárrulas,
nobles cigarras.

Cantan de Hesiodo los consejos: "Llégate,
dicen, labriego, a tu heredad, y siémbrala
en cuanto escuches por las nubes húmidas
gritos de grullas.

"Cuida no sufras el invierno áspero:
mira que muchos, al llegar los gélidos
días, oprimen con la mano escuálida
rojas sus plantas"

Dicen de Homero la canción magnánima:
"Oíd de Aquiles y el Troyano, pósteros,
—dicen—que al labio mugidor mirábalo
del Escamandro.

"Grave de hierro y de valor magnífico,
bajo los muros poderosos, bélico
bajo el plumero que a su tierno vástago
llena de espanto;

"Sordo a la madre que, gimiendo, llámale
desde las torres, por el seno grávido
que lo nutrió; sordo a su padre, y bélico
bajo el plumero;

"hasta que el rayo asolador del pánico,
cuando el bastardo de la diosa acércase,
te asuela, oh fuerte domador y dóblate
como a los robles.

"Y en tanto el carro sobre el polvo llévase
de hierro y sangre los despojos hórridos,
surje del pecho del anciano Príamo
ronco alarido.

"Pero, al deleite de la paz doméstica,
decid más bien de los trabajos ímprobos
con que Odiseo penetró en la próspera
casa, y la sorda

"griega malicia de su pecho impávido;
las narraciones, los engaños fáciles;
y junto al río la sencilla Náusica;
y las palabras

"y la belleza del desnudo náufrago,
a cuya espalda los cabellos míranse
como jacintos; y la nave plácida
sobre las aguas;

"Y, bajo el techo encubridor, la cólera
y la venganza del mendigo hercúleo,
que el arco dobla y a sus plantas trágico
riega los dardos."

Esto repiten las cigarras: "Oyenos
—dicen—viajero, celebrar con Píndaro
verde el laurel junto al olivo pálido,
triunfos de carros,

"triunfos de atletas, en la lira dórica,
y las victorias del pujante Diágoras,
cuyos elogios merecieron mármoles
incomparables".

Esto repiten las cigarras: "Oyenos
—dicen—viajero, musitar los frágiles
versos del teyo Anacreón: "Alígera
"saltas y esquiva,

"Yegua de Tracia, mas vendrán las hábiles
"riendas que domen tu vigor: Hipólito
"menos remiso que el trescenio príncipe
"ha de regirte."

Esto repiten las cigarras... Trémulo
sueltan su largo chirriar; y acógelo
el cielo, y sube hacia el azul, en diáfano
humo dorado.

1909.

## ECCE DEUS FORTIOR ME, QUI VENIENS DOMINABITUR MIHI

He aquí que yo, como el pastor Hermas a la criatura de Dios y como Dante en la Vida Nueva, presentía, temblorosamente, mi **donna angelicata**. Siete años llevaba vividos, y desde entonces la esperaba: había de venir por el cielo, hacia la derecha, hacia el rumbo donde yo creía contemplar una perpetua luz. Y mis ojos habían seguido muchas formas, pero ninguna era la eterna que presentían. Y mi alma era como un vigía en la torre, empinado sobre los muros a aguardar el alba. Como un pequeño vigía estaba mi alma en su torre, y del suelo no cuidaba cosa. Pero alentaba, bajo el sol fatigado y bajo las frías estrellas, esperando a la que había de llegar, por el cielo, hacia la derecha, donde yo adivino que brilla una perpetua luz. Y fuí, poco a poco, un jardín lleno de milagros para el amor, y lleno de fuentes y de pájaros. Pero a lo lejos, se escuchaba un sordo rumor de tempestades, y los árboles cargados de viento. Y las gentes no sabían llamarme por mi nombre, ni yo las hablaba sus palabras. El sello de la vida no me había quemado los labios, ni mi brazo estaba aún sellado. Las cosas, no las veía; la tierra no pisaba. ¿Qué vida era aquélla, presentida?—Románticamente la esperaba yo. Pero dijo un día mi corazón: "Hé aquí que viene, y es hermosa como Tirsa y tremenda como un ejército con banderas desplegadas." Y dijo mi alma: "He aquí un

dios más fuerte que yo, y que va sin duda a dominarme." Y el espíritu de la vida púsose a temblar fuertemente. Porque he aquí:

que llega, entonces, la que ríe y llora
y que dialoga con mi pensamiento.
Paso llega, y el aire tremulento
con iluminaciones se colora.

Mirra lloran sus manos; mirra llora
largo el cabello distendido al viento,
y crea su figura en movimiento
el prodigio de luz que la colora.

Manda mis pies ansiosos de fatiga,
¡Oh tierra, oh, tierra! Manda que la siga,
la mensajera para mis destinos

¿Y cómo no ha de ser si, apenas llama,
y ya toda la vida lo reclama,
y ya me son pendientes los caminos?

México, Dic. 1909.

# FANTASIA DE LUZ

2

Mireya, ¡oh mis amores!
Diáfana vas sobre el oro del heno,
bajo la luz del crepúsculo lleno
de fulgores.

En el azul, rojo y azul, bandadas
van de pichones dorados de sol,
y a trechos, entre nubes purpuradas,
cae el vibrante abanico de sol.

Y tú que pasas temblorosamente,
en un temblor de luces a distancia,
sobre el violeta y oro refulgente
del heno, en la distancia,

Llegando a las angélicas escalas
de luz, que el cielo arroja,
¿no extenderás las alas
y subirás por la vereda roja?

¿No irás, ebria de luz, hacia el crepúsculo?
¿No te irás a cortar celestes flores,
en un vuelo minúsculo,
lejos, lejos, Mireya, oh mis amores?

Méx. Junio, 1909.

## ODA NOCTURNA ANTIGUA

Pues que la noche sugiere cánticos,
apresta, Lidia, la arcaica péctide:
yo siento a los dioses antiguos,
que me inspiran no escuchados cármenes.

Llegan en ronda por la marfílea
puerta los sueños; su aliento cálido
exhala, al fulgor de los cielos
estrellados, la dormida tierra.

Lidia: moviendo las plantas frágiles,
y de las manos las palmas cándidas
en alto ofreciendo a la luna,
y el espíritu y la frente en alto,

Tú, deslizando la blanca túnica,
Lidia, semejas inmenso pájaro,
y acude a tus hombros de diosa
de palomas el sagrado ejército.

¡Lidia: despiertas toda la fábula!
Tiembla en mis labios un grito helénico,
y siento pesar en mi frente,
palpitante, la corona antigua.

Otros que busquen los templos bárbaros
donde veneren signos estériles:
¡yo no! que la sal crepitante
doy aún a la encendida brasa.

Mi sed apagan Cécubo y Másico
bienial; yo guardo sellada un ánfora,
amigos, que espera los triunfos
con que amor os signará los pechos.

Como el altivo nieto de Rómulo,
canto las fuentes, canto las Tíades
que anuncian, con ruido de címbalos,
la llegada del tebano Evios.

Digo los juegos, y el dios magnánimo
de los pimpleos coros; los héroes;
y Marte vestido de bronce,
y de Aquiles el sonante carro.

Ni desconozco la voz de Títiro,
ni de idilios, ni las arcádicas
pacíficas lides que emprenden
los pastores, por ganar el quéramo.

A los alegres cantos conságrome:
dejad que lleguen los años gélidos,
y al grado de las estaciones,
como el campo, mudaré mis frutos.

No anhelo sólo cantos de júbilo,
mas que los vates amen su espíritu,
y, con oportunas palabras,
den eternidad a los instantes.

Hoy suena el gozo sus dobles crótalos,
y yo, en la corva lira ensayándome,
celebro mi vino, y tus besos,
Lidia, y mis guirnaldas y mis años.

Huye la noche con su magnífica
diadema, oh Lidia, y yo, nombrándote,
anhelo acrecer en mis versos
de tu vida las fugaces horas.

México, Mayo, 1909.

## EN LAS VIÑAS DE GALAAD

Dame la miel que guardas,
dame a probar tu dulce fruta:
mi alma es como tierra enjuta,
—amorosa lluvia,—por lo que tardas.

Bajo las palmeras doradas de sol,
bajo las palmeras te ví:
tenías la tez morena de sol,
y eran tus pechos racimos de vid.

A todos les voy preguntando:
—Labrador ¿La has visto?
—Yo estoy la simiente cuidando,
siempre estoy al surco mirando

—Mozas que vais a la fuente,
¿Habéis visto a la que perdí?
—Si yo no soy, sigue de frente,
que yo por mirarme no miro a la gente.

—Palmera de oro de sol,
¿La has visto?
—La ví:
tiene la tez morena de sol,
y son sus pechos racimos de vid.

A llenar la hidria, con sus compañeras
iba al manantial,
y bajo el peso de sus caderas
se hundían sus plantas en el arenal

¡Te me habías perdido!
¡Te me habías perdido!
Yo era llama y era deseo,
Llévame ahora a tu huerto florido,
donde ya los frutos sazonados veo

¿Entraremos a la gruta,
o gustaremos del granado aquel?
Me darás a probar tu fruta
y a beber tu miel

¡Sabor de tu lengua a mirra y a leche!
¡Olor de canela y de manzanar!
¡Oh delicia de quien coseche
tus besos, y el vino sabroso de tu paladar!

Llamo a la puerta. ¿Quién abrirá
Ibamos juntos ¿Quién nos vió?
Nadie lo sabrá,
nadie sospechó!

No custodiaste la viña:
no la custodies más,
y el aire perfumado de la viña
nos deleitará.

Voy a gustar del fruto del granado:
su roja carne abrirá sobre mí,
Sulamita, dí:
"Yo soy de mi amado,
y él ama y vive en mí".

Eres sello de mi corazón
y signo en mi brazo, y tu amor es fuerte
como la muerte;
y eres huerto, y granado en sazón.

Ven a la viña con la cuba,
ven a exprimir el vino;
ven a gustar el vino en la uva,
porque en el cuenco es desatino.

Llueve el cielo, crece el río;
su perfume dan las manzanas,
y con el viento, las mañanas,
los rosales sueltan rocío.

Por las mañanas el rocío
prende a tus trenzas sus destellos,
y, sacudidos tus cabellos,
sueltan rocío.

Madrugas a primo sol;
traes el fresco de la mañana,
y tu sabor
sabe a manzana

Sulamita dí:
"Soy como el fruto del granado;
yo soy de mi amado,
y él ama y vive en mí".

Dos tímidas aves
tiemblan, adoloridas, al vago resuello:
yo las besaré, besaré tu cuello,
besaré también tus párpados suaves.

!Oh ciencia sabrosa!
¡Oh llama y fruto y rosa!
Arbol pródigo ¿que me darás?
Soy varón de deseo:
ya te oigo, te miro, te poseo,
y no te dejaré jamás.

México, 1910.

## VOTO

Te quiero para rehacia,
alma temblorosa y nueva:
para sed que no se sacia,
—émula, en locura y gracia,
del onda que se subleva.

(Bien como revuelta, choca
y alza encarrujada pluma
y en el vaivén se disloca,
y escupe sobre la roca
los alacranes de espuma).

1917.

## CARLOS LOZANO

"Espagne," matrícula St. Nazaire".
1913.—25, junio, 1918.

Un piano sobre el mar, trémulamente,
—en los arrullos de la onda—sueña:
sueña con abordar a la risueña
playa de gasa de la luna, y siente,

como entre raso azul, crespón crugiente,
nube y espuma, flámula y enseña,
que la trémula nota se diseña
en cifra desflecada por la frente

del mar y el cielo. Resollando angustia,
al ansia pesarosa del instante
—sombra pálida tú, mirada mustia—

confiabas al fin las manos pías:
y eras, al fin, exhalación errante,
y en la paz de la luna te perdías!

## VOCES AL VIENTO

El frío de una noche ya olvidada
me salta al corazón como una espada.

Oh, cuántas almas han brotado en mí
desde que el barco rechazó la rada,
y el claro azul de mis cielos perdí.

Inquieto jardín
que hoy mece rumores:
en olor de Abril.

Hoy tintos orgullos de amapolas rojas,
estrellas de cardos, banderas de hojas,
jardín. Y en las sienes y en el corazón,
tónicos de buena y mala intención.

Y ¡oh, mi clavel!
Rojo clavel!
Rey de mi corazón!
Recuerdo en sangre nublado,
Jesús doblado en Luzbel,
condenación sin perdón.
Y una mañana trocado
el cielo en detonación,
sangre de clavel tronchado
que chorrea sin piedad
¡Oh mi clavel!
Sangre de Abel!
¡Rey, rey de mi corazón!

No sé qué me diga ni sé qué sentí;
que al fondo de una calle de Madrid
un claro azul del cielo descubrí,
y una voz ronca y una clara en mí
cantan desde entonces así:

En dos voces partida
tengo yo el alma:
mientras una grita,
otra que calla.

¡Oh, mal haya el día
que partió en dos sollozos
el alma mía!

(Y el frío de una noche ya olvidada,
me salta al corazón como una espada)

¿Quién me despedía, gritando mil veces
en mitad del puerto?
¡Muérome al pensar, madre, que envejeces,
y que te he dejado velando a un muerto!

¿Quién se enamoró de unos ojos negros
(palomas—arrullos, canarios—allegros,
tiestos que dialogan en el balcón)
Quién se enamoró de unos ojos negros,
trenzas de tormento, brazos de perdón?

Mi dicha, como era tirana,
me la robé por la ventana
y en el potro galopador:
¡Angel Guardián de mis pecados!
Vuela los puentes, inunda los vados,
y déjanos sólos a los dos!

1918

## AMADO NERVO

24 de mayo de 1919.

¡Te adelgazas, te desmayas,
y te nos vas a morir!
¡Qué fina inquietud, qué ansia
la de vivir sin vivir!
Por el hilo de la araña
tal vez te vimos subir;
de la luciérnaga fatua
ardías en el candil,
y eras la voz que cantaba
en el grillo más sutil.
Te buscábamos el alma...
¡y estaba ya en el zenit!
¿En la estrella más lejana?
—Te engañas: más lejos fuí.
que la estrella más lejana.
Noche, misteriosa hermana,
tú lo sabes, tú lo dí.

Te adelgazas, te desmayas
y te nos vas a morir.
¡Si ya, de tenue, escuchabas
lo que nadie puede oír!
Sirena que no cantaba,
te podía seducir;
lucero que se apagaba,
te guiñaba el ojo así.

Tus tiestos, sólo brotaban
un capullo, por abril.
Las flores que tú criabas,
¿eran de la luna, lí?
Tus aves, que no trinaban,
¿eran de la luna, dí?
—Te engañas: más lejos fuí.
que la estrella más lejana.
Noche, misteriosa hermana,
tú lo sabes, tú lo dí.

Te adelgazas, te desmayas...
¡qué ciencia para morir!
¿Vivir? No: cosquilleabas
ritmos, mejor que vivir.
Más qué pensar, palpitabas;
y, más bien que sonreir,
desde los ojos vibrabas
una vaga chispa gris.
Y creyendo que te escapas,
que nadie lo va a sentir,
—con travesura de alma—
te nos deslíes al fin,
no sé si en una palabra
si en una cadencia, si...
—Te engañas: más lejos fuí.
que la estrella más lejana.
Noche, misteriosa hermana,
tú lo sabes, tú lo dí.
Eras "cosa pequeñita":
vivías en una nuez.
Pero es tánta la malicia
de morirse de una vez,
que ya parece mentira
lo que nos faltas después.

## CARICIA AJENA

Exhalación clara que anhelabas
—a no perturbar un temblor—
por iluminar si desvelas
por dormir si enciendes amor

Desde el hombro donde reposas
caricia ajena —cómo puedes
regar todavía mercedes
en complacencias azarosas

Tu fidelidad sobrenada
en vaga espuma de rubor
y te vuelves toda entregada
y regalas desperdiciada
los ojos cargados de amor

## TARDE-BRUMA

Tan acompañado y, a veces, tan solo
(¡qué niebla, qué niebla! duele el corazón!)
¿quién soy, bajo los árboles de Otoño?
(Baila en la red de sombra la chispa de un cigarro).

¿Quién soy, tan lejos y tan cerca de mí,
olvidado de todos y de todo?
Quién soy aquí con sublevadas ansias,
bebiendo —a sorbos— la fría luz del gas?
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

No más: se desmaya
el alma,
al solo peso de un recuerdo más!

1919.

## CHARCA DE LUZ

A bañarme en la fuente del Otoño,
—breve minuto— la mañana mía!
Ruedan las rosas, ruedan. —Alegría
templada en paz, templada en luz: Otoño.

Otoño y fuente y hoja y luz y día
hora dorada azul, que es el mejor retoño
del Otoño!

En el espejo de la calle húmeda
hay minas de oro claro,
y suena por aire el ala trémula
de las ocho de la noche.

Y, dejados, de la madre anónima,
bajo las sombrillas de los árboles,
tiemblan los polluelos del frío.

1919.

# III

# RECUERDOS

## DE MI PRISMA

Otro invoque a la musa de seño rudo
que esquiva de sus labios las ricas mieles,
y admire más a Fidias que a Praxiteles,
y el pliegue de la túnica más que el desnudo.

En el arte la ingenuo tentarme pudo:
¡que las Minervas porten fieros broqueles!
yo prefiero la fresca flor de las pieles
y la mamila erecta por solo escudo.

Los ojos de Caliope resultan fieros:
amo más los de Filis, por lo sinceros
y si a veces prefiero los de Melchora,

Es porque en la zampoña sueño y deploro
no revivir la gracia del siglo de oro
que confunde a la reina con la pastora.

Méx. Febrero 1906.

## MERCENARIO

Desafiando las iras de la Parca,
me aventuré a las guerras orientales,
y rompí del Egeo los cristales
ora en ágil trirreme, ora en mi barca.

Luché por un magnífico monarca
que compró mis servicios; y eran tales
sus riquezas que casi los rivales
se rindieron al oro de su arca.

Más ¿cuál tesoro como el del prudente
que, al volver de sus ímprobas fatigas,
halló en su hogar el fuego preservado?

Esposa; no hay marfil como tu frente,
ni oro más rubio que el de mis espigas,
ni dosel como el techo suspirado.

Méx. marzo 7906.

## TERMOPILAS

Como relieves trágicos tallados por la muerte,
en bloques de montañas graníticas y oscuras
se miran las marmóreas y atléticas figuras
de aquellos espartanos electos de la muerte.

Allí los ámplios pechos de contextura fuerte,
y los torcidos nervios, y las musculaturas;
allí la dolorosa masa de crispaturas
que el tiempo ha congelado en actitud inerte.

Lucharon a la sombra de flechas extranjeras;
y, alzando todavía las frentes altaneras,
caídos, escupieron el rostro a la Victoria.

Tú que de las virtudes perversas la memoria,
contémplalos desnudos, a grupas de quimeras,
trepando por arco severo de la Historia.

Méx..—1906.

## ORACION PASTORAL

Pastad, oh mis ovejas y cuando el sol decline,
bajo el haya de Títiro, aunque la hierba espine,
tendremos calma deleitosa;
que cuando se despierte la blonda madrugada
dejarán vuestras ubres el ánfora colmada
de tibia leche y espumosa.

¡Oh madre, buena madre que das frutos y mieles¡
Madre que beneficias terruños y vergeles:
sacra Deméter, dame trigo;
y llevaré a tus templos, al acabar el año,
vellones impolutos que tengo en mi rebaño,
a que te sirvan como abrigo.

Mi labio en la zampoña suspira dulcemente,
y así corre la vida, libérrima y riente
entre la oclógica verdura;
y con las emociones que anima la belleza,
aspiro las aromas de la naturaleza
envuelto en ondas de frescura.

¿Cómo explicar las cosas que en el viento me platica,
ni cómo los murmullos del agua que salpica,
ni los rumores del follaje?
No hay voces, no hay arpegios, murmullos ni rumores

con que imitar los cantos que escuchan los pastores
junto a las frondas del boscaje.
¡Cuán grata, cuán alegre se torna la existencia
si en ella Pan derrama la miel de su clemencia!

¡Amo la vida por la vida!
¡Que respeten las Parcas las flores de mi tronco,
hasta que por las venas de mi ramaje bronco
la savia corra empobrecida!

Fecunda madre tierra: cuando ese trance llegue,
que sea tempestuosa la racha que me siegue:
no haya ocasión a tristes quejas.
Y que sobre mi tumba den oro las espigas
y plata los riachuelos. Allí tras las fatigas,
trisquen y abreven mis ovejas!

México y Monterrey, nov. 1906.

## LAMENTACION BUCOLICA

Rústica, distraída,
siempre al ocaso,
canturrea la vida
como remanso.

¡Oh mi dolor!
Ni adoro a una zagala
ni soy pastor!

Taimado intento volver
a las edades de oro;
taimado no puede ser,
y dolientemente lloro
entre anhelar y poder.

¡Yo no sé cómo no fuí
algún pastor de la Arcadia!
Astro adoro desde aquí
que, a los fulgores que irradia,
brota la queja de mi.

Amo el acento de las
dulces trovas que Dionisos
cantaba, siglos atras,
mientras los chivos sumisos
iban danzando al compás.

Me place la ingenuidad
de las canciones añejas
que dicen: "Por caridad,
oh dioses, a mis ovejas
trigos y pastos les dad."

Y solo trato conmigo
los secretos que me digo.

Y sueño que tornaré
a la que causa mi empeño.
y ved a aquí lo que sueño,
y que siempre soñaré:

Constantemente sueño en volver
al rebaño y a las campiñas,
y en ir a Baco a ofrecer
que, cuando fruten mis viñas
vendrá conmigo a beber.

Sueño que el fausto real
olvido por las cabañas,
y que divierto mi mal
soplando las siete cañas
del caramillo rural.

Y solo trato conmigo
los secretos que me digo.

Y a lo que pide mi amor
ningún capricho se iguala:
que es mi deseo mayor
cortejar una zagala
disfrazada de pastor.

Rústica, distraida,
siempre al acaso,

canturrea la vida
como remanso:

¡Oh mi dolor!
Ni adoro a una zagala
ni soy pastor!

Méx. Julio de 1907.

## A UN BUCOLIASTA

Tú, que en odio al rumor y a los ardides
cortesanos, vivías ignorado,
sabio cultor, no dejes tu sembrado;
tu rústica heredad nunca la olvides.

Sé tenaz: las faenas no descuides
ya que gozas destino bienhadado,
ya que cuida Virgilio de tu arado
y Anacreón de tus jugosos vides.

El cantado laurel del padre Apolo,
cuya es la savia que el arder pimpleo
excita, al pertinaz se brinda solo:

¡Lucha tú por lograrlo! Tú que abrevas
el labio, en deleitoso paladeo,
con vino añejo de tus hidrias nuevas.

Monterrey, dic. 1907.

## ANANQUE

(Claudio Frollo).

Agrio monje que escrutas la carcoma
de viejos y enigmáticos escritos,
y rezando latines eruditos
aguardas ver el oro en tu redoma:

Sólo traza el compás de punta roma
el círculo vicioso de tus mitos.
¡Busca! Se apagan de tu fe los gritos,
y la pasión tras de la ciencia asoma

Bajo el zayal, oh célibe arcediano,
buye tu carne con furor insano,
Claudio Frollo: la ciencia no te cura.

Busca y darás con la desconocida
piedra filosofal que te tortura,
Claudio Frollo: tu ley que es la caída.

Méx. Julio 1907.

# LA CATEDRAL

*A. E. A. H.*

(La catedral más antigua de América, la catedral de Santo Domingo, quedó sin torre por vicisitudes del tiempo. A los cuatro siglos, quisieron agregarle una torre.)

¡Catedral de cien blasones!
Y cómo te quieren mal
los que intentan con baldones
cubrir tus mutilaciones,
Catedral!

¡Cuán livianos los livianos
que, al mirarte desigual,
piensan en teñir los canos
cabellos de los ancianos,
Catedral!

A trocar daños por daños,
verdades opón a engaños,
Catedral:
cicatrices de los años
honran al mundo mortal.

Templo de conquistadores
—elogios del pedernal—

opón a estragos dolores,
resiste a los robadores
de tu virtud, catedral.

No te veneran lo justo
tus hijos, oh Catedral,
si dejan que el templo adusto
se vaya tornando al gusto
de los que te quieren mal.

De lueñes tierras venía
gente sobria y porfiada.
a par belicosa y pía;
tánto, que plantar quería
la cruz en donde la espada.

Eran bravos paladines,
según dejaron señal;
y de tan piadosos fines,
que al canto de los clarines
alzaron su catedral.

Y como su fe no arredra,
antes la acrece, el destierro,
con presteza el templo medra,
y acarreaban la piedra
los batallones de hierro.

Sobre tus muros senectos
vaciando el hondo caudal,
labraron odios y afectos
tus soldados arquitectos,
Catedral.
Y pues hoy manos herejes
hurgan la herencia ancestral
que con tus muros proteges,

¡no las dejes! no las dejes,
Catedral!

Pon un grito en tus campanas
(¡Ah de los usurpadores!),
y a las tierras quisqueyanas
llama las sombras cristianas
de aquellos conquistadores.

Ellos escalen tus muros
para prevenir la gesta,
y vistan los petos duros,
y con los brazos seguros
tomen la firme ballesta.

Que si se yergue en la tierra
retando, la torre, al rayo,
cielo y tierra harán la guerra:
prevenga un temblor la tierra,
y el cielo madure un rayo.

¿Será que callen los bardos?
¿Será que callen? Será
que no haya piedras ni dardos,
si hay artíficios bastardos
que tal emprendan? Habrá

tamaña mengua? De juro
no será, de juro aquel
que al templo atentase, impuro,
fuera clavado en el muro,
y con el propio cincel!

¡Bardos! Los hombres de antaño
os confiaron su blasón.
Cerrad el templo al extraño:
os toca guiar el rebaño,
ya que tenéis la canción.

México, 1908.

¡Llamas adonde yo me consumía!
¡Dolor que tan continuo me dió llanto!
¡Oh amanecer! ¡Y yo que no creía
se acabara tan presto mi quebranto!

Alma torna a gozar tu lozanía;
alma: recobra tu quietud, que tanto
hondo penar que se ha ido, que te hacía
cantar (¡oh noche!), en desacorde canto.

Llegó la amiga y se vistió de encanto
cuanto la amiga a su paso veía;
y en oro dió su mano todo cuanto

su mano acarició. Ya es compañía
tu soledad; tu hielo es fuego santo;
tu lloro es risas; tus negruras, día.

México, novbre 1908.

## A LA MESA DE UN AMIGO

En la hora que el tiempo nos desvía,
en esta paz de tu tranquila casa;
oigo correr tu plática sabrida,
compasado el silencio a tus palabras.

¡Así la clara voz de tu sirena
(pues huíste la cera protectora)
te pague en cantos la anhelada tregua
que me brinda tu casa venturosa!

Sé que, en lejano término, al hallarnos
entrambos con el gusto de ceniza
—triste añoranza—en los marchitos labios,
luego vendrás a recordar la vida,

a revivirla con la fantasía,
y a mí en el coro familiar, oh huésped,
has de mirarme, y en la mesa amiga
adonde, al irme, mi recuerdo deje.

Que entonces, huésped, al igual de ahora,
te encuentre firme en tu interior certeza,
y—Ulises más sutil—leves la prora
a toda isla que el cobarde tema.

Todo es propicio si lo da la tierra:
la luna de la noche, el sol del día.

Tal la profunda beatitud enseña,
y el sabio que le sigue no delira

ni vaga y yerra con estéril paso,
sino que siente en sí brotar la lumbre
interna; y si a los ruidos se distrajo
del mundo, torna a soledad, y sube

como en adoración, serenamente,
a no escuchar ya más que la sirena
que adentro el alma con encanto tiende
su sed de cantos y armoniosa suena.

La virtud interior en esto acaba,
y en ella cuida el sabio ejercitarse:
que no en tomar y deponer las hachas
al grado de las furias populares.

1909.

"Siente—dijiste suavemente—siente
el olor de las flores que he traído.
Tú, pues llegas con ánimo encendido,
deja entrar el aroma suavemente,

"deja entrar el aroma por tu mente
cual un reproche. El aire adormecido
de olores, te adormecerá el sentido
con un suave reproche, y suavemente

"que se va, sentirás, aligerando
tu rígida corona de pesares.
Cálmate: llegas a mi alcoba. ¿Cuándo

"será que tengas temor de mis lares?
¡Torpe! ¿No miras que te están mirando
todos nuestros objetos familiares?

México, junio 1909.

## ERÍGONA

### I.

El dios adolescente, a quien la noble
constancia del amor ha modelado
el suave rostro, a buscas, por el prado,
de ninfas y mujeres, bajo el roble

que allá despliega su ramaje noble,
me halló desnudo, y tan desamparado
miró mi cuerpo, que así se ha quedado,
mirándome, desnuda, bajo el roble.

De mi boca los besos requería,
pero yo los recato con porfía.
Trueca entonces la libre cabellera

en pámpanos, y en uvas me ofrecía
sus labios: y era dulce vino, y era
su aliento el que apuró la boca mía.

II.

¡Ah, qué traidor jovial! ¡Y cuánto hacía
para ganar el recatado beso!
Y yo que prometí de no dar beso
no supe, cierto, lo que prometía.

Por las hierbas el dios me perseguía;
¡y, con tener los labios para el beso,
busco a eludir la caricia. Por eso
súbitamente me cerró la vía,

y fué cambiando en vides la figura,
y en pámpanos, y en uvas, y en racimos
llenos de vino con toda negrura.

Muerdo el racimo que más me provoca,
siento su boca viva en los racimos,
¡y, sin saberlo, me abrevo en su boca!

### III.

**Erígona dice a Dionisio:**

Ya no te negaré lo que pedías...
¡Sí, desque supe el sabor de las vides,
sólo vivo por ver si te decides
a perseguir lo que antes perseguías!

¡Oh dios alegre! A las afrentas mías,
mirando que te niego lo que pides,
vuelve a trocarte en pámpanos y en vides;
renueva, oh dios, la fiebre que tenías

por besar besos en mi boca; adorna
y oculta el beso tras las uvas negras;
con los racimos a llamarme torna,

y yo a morder, con la querencia y gusto,
vendré tu boca viva tras las negras
uvas, que me dejaron ansia y susto.

México, marzo, 190[illegible].

Esta necesidad de sacrificio
que me hace vivir como muriendo,
me subleva de modo que no entiendo
cómo me tiene amor a su servicio,

¡Quédese amor, y váyase el suplicio
que de antaño me tiene padeciendo!
El alma claro me lo está diciendo:
que amar amor es amar sacrificio.

¡Ay qué ser tan tenaz! ay cuánto exiges,
amor, de los que están a tus mandatos!
¡Ay alma, cómo gozas si te afliges!

¡Y qué bien miro lo que voy perdiendo!
¡Y qué bien miro que son insensatos
los que quieren vivir como muriendo!

Monterrey, enero, 1909.

## ODA EN LA MUERTE DE LEON TOLSTOI

Alta encina y oráculo, milagro de la tierra,
que habla estremecida del viento de la mar:
hoy, en el corazón antiguo de la sierra,
la mano se ha secado que la pudo plantar.
La que estallaba en rojos rayos de profecías
y echaba por las tribus bendiciones de pan;
la que en la sal de llanto que llora Jeremías
amasaba las ásperas harinas de su pan.
(Porque desde la noche primera de los días,
los hijos de los hombres no se redimirán.)

Inmensidad de cielo y mar,
alta virtud de consolar,
de alimentar, de perdonar,
—¡oh Satanás!—y de matar.

En nombre de los tristes y para los mendigos,
aquella voz de oráculo soltaba su caudal.
¡Consuelo de la muerte, que a todos los mendigos
les brinda, por limosna, la hoja del puñal!
La cruz de aquel profeta, larga como un gemido,
subía hasta las nubes en pos de tempestad:
por ella descendía el dragón encendido
a devorar el fruto de la posteridad.
(Porque la humanidad es perenne gemido,
y es mejor no nacer para la humanidad.)

¡Desolación, desolación!
Es nuevo Herodes la Razón:
sea, en el templo del perdón,
la humana miés, degollación.

Con la sabiduría clásica del Sileno,
avanza por los campos de hielo el redentor.
El carro de su voz rodaba como un trueno;
el pueblo, a su palabra, caía en estupor.
Venerable como un tronco poblado de heno,
el redentor tenía la cara de Moisés.
Bajo el cabello, lívido relámpago de plata,
copiosa barba llueve como una catarata.
Lleva alas de relámpago prendidas a los pies.
Cuando deja salir la voz a predicar,
es como si gritara súbitamente el mar.

¡Desolación! ¡desolación!
Maldita está la Creación,
y es una larga convulsión
el palpitar del corazón.

Y el coro de los pueblos hierve como la espuma,
—oh, asalto de las olas—persigue al redentor:
el vaho de los hombres forma en el éter bruma,
y la tierra se moja de llanto y de sudor,
(Flota en la estepa un lívido relámpago de plata,
que llueve de la tarde, como una catarata.)
Y la terrible boca pronuncia la sentencia,
y ardiente espada surje de la terrible boca:
consúmese, a lo lejos, el Arbol de la Ciencia,
y el Arca de Noé se parte en una roca.
"Hermanos: replegáos al útero materno.
Abrid tumbas: la vida es vergüenza y error.
La carne de los hombres es pasto del Infierno,
y la Creacción es mancha del manto del Señor."

¡Inmensidad del cielo y mar:
alta virtud de consolar,
de alimentar, de perdonar,
—oh Satanás—y de matar!

Nov. 1910.

## CANCION A LA LUNA

Ellas van coronándose de flores y de espigas;
nosotros, dialogando de amor y de fortuna;
y sobre los cabellos claros de las amigas
—¡oh Alemania romántica de ayer!—brilla la luna.

¿Qué noche cristalina y qué deleite raro!
En hilos de la luna la plática se enhebra,
y es nuestra paz más blanca que un pensamiento claro
arrullado a la margen del lago de Ginebra.

Y suben grandes olas de sueño y de ventura
en la música sola de aquella soledad;
y el agua de la luz lunar se vierte, pura,
se derrama en el cielo, tiembla en la inmensidad.

¿Habláis de amor, amigas discretas, de fortuna,
de clara paz, tranquila como la luz lunar,
—oh románticas—bajo la lumbre de la luna,
—oh coronadas—sobre el oro del espigar?

Cantan, hablan de los poetas de Inglaterra,
y las oímos como se oye un manantial.
Parece aquella un hada: va sin hollar la tierra,
canta un verso de Milton sagrado y musical.

Otras, al lejos, danzan, lazadas por los brazos,
al ritmo de los versos, de la hojarasca al són.

Otra sueña en Ofelia: guirnaldas teje, y lazos
de rosas y, hecha pájaro, se disuelve en canción.

¡Oh! pero la que lleva una estrella en la frente,
(¡Sueños de luz, aromas de paz, oh luna, oh luz!)
oh, la que lleva una estrella resplandeciente,
y tembloroso el pecho, y los brazos en cruz.

"—¡Oh, no—proclama—amigas; oh, no más por mi vida!
Ni Ofelia, ni Cordelia, ni Lancelot, ni Childe
Harold... ¡Oh noche, o luna! Yo sigo suspendida,
sí, suspendida al blanco cuello de mi Oscar Wilde."

1910.

## A UN CAMPIRANO

### I.

Tienes tu casa rústica vestida
con los signos de paz, fuerza y decoro,
donde arde, como lámpara escondida,
tu viudez de varón, esquiva al lloro.

Tienes la tierra de sembrar vencida,
inundados los campos en tesoro.
Y tienes amarguras de la vida
para saciar tu corazón de oro.

¡Hospitalario! ¡Cómo te contemplo!
Bajo tus cielos como en ancho templo,
y como te miré por las colladas:

Vigilando tus mieses y tu presa,
desde el potro gritando a las manadas,
alzado en los estribos con fiereza!

II.

¡Oh, que llene tus trojes y graneros
todo el vigor que siembras por la tierra!
Y que eduques tus hijos caballeros:
ella de la ciudad, él de la sierra.

Que prospere la liebre en los potreros
donde, a la tarde, tu manada yerra;
y que eduques tus hijos caballeros:
ella en la paz y él para la guerra.

Porque en tu alma no se cicatriza
la irrestañable plenitud del sano,
que chorrea virtud por donde pisa;

y eres, en tu profundo instinto humano,
como en la ley de la moral castiza:
alto al igual, y a las menores, llano.

Dic. 1910.

## VENTANA AL CREPUSCULO Y AL CAMPO

A la hora en que está muriendo el día,
en regalada paz y luminosa,
siento subir el ánima olorosa
del verano del campo que se enfría.

¡Tarde, playa del mar constante y pía!
¡Nave del corazón, al fin reposa!
¡Salte, alma, como una mariposa,
a temblar en la luz que se desvía!

Yaces, amiga, sobre la ventana,
por donde nuestra lenta vida mana
hacia el ocaso, como eternidad...

¡Salve, amiga! La tarde es una iglesia:
Tus ojos, como lámpara de iglesia,
arden adentro de mi soledad.

1910.

## CENA PRIMERA DE LA FAMILIA DISPERSA

Ya llegan los hermanos de todos los caminos,
mojados de la lluvia, quemados del simún.
¡Ya llegan! y en sus labios hay unos vagos trinos
que brotan al recuerdo de la infancia común.

Bienvenida la ansiada tropa de los hermanos,
que vuelven, como pájaros, a la nueva estación:
alce el augusto padre las bien hacientes manos,
y sobre los hermanos eche la bendición.

Para nosotros no se edificó la casa
que hospitalariamente nos brinda su calor:
bajo los techos flota, cual una leve gasa,
el vaho de la vida de su antiguo señor.

¿Que importa, si hoy partimos juntos los panes puros,
a la hora ritual de la distribución?
Yo, contra el maleficio de los ajenos muros,
el cofre de esmeraldas vierto, de mi canción.

Al amor de la lumbre reposan la fatiga.
¡Oh, qué gritar de párvulos del gusto de llegar!
Cuenta las aventuras la misma voz amiga:
unas sobre la tierra, otras sobre la mar.

Desde el jardín, los gritos salvajes de las ocas
alzan la algarabía sordos y a descompás.

¡Ay! mas, súbitamente, callan todas las bocas,
que trae cada hermano una dolencia más.

—Yo—dice la amarilla madre, con un gemido—
las maternales fuerzas dejé en la enfermedad;
y oigo como un lamento muy vago, muy perdido,
el llanto de los hijos muertos en la heredad.

"Mis brazos hacendosos, metidos en la masa
de la labor doméstica, ¡oh, quién los viera ayer!
Dénme, para el aseo de la modesta casa,
el hombre su recato, su escoba la mujer."

—Y yo—dice un hermano—por la tierra fangosa
paso amando el decoro limpio de la salud.
¡Oh, poseyera yo la palabra preciosa
que da perfecta vida y eterna juventud!

"Y no que cuando canto, al són de mi salterio,
intruso llanto empaña la honda sonoridad,
e inciertas llamaradas de horror y de misterio
laten, bajo la cumbre de mi serenidad."

—Y yo—dice otro hermano de aire pensativo
y cívicos furores y cóleras de mar—
debátome en la fiebre (¡y ya ni sé si vivo!)
tirando de la hora que está para llegar.

"Al grito de la vida las cien salidas cierro
bajo la tiranía de una sola pasión:
cien deberes me ciñen con cien mallas de hierro,
y bajo tánto peso se ahoga el corazón."

—Callad—dice una hermana—tánto gemir prolijo.
La silenciosa entraña soy del mundo: callad.
Yo en la inquietud sagrada de vigilar al hijo
sueño, y en el misterio de la fecundidad.

(Desde el jardín, los gritos salvajes de las ocas
alzan la algarabía, sordos y a descompás.
¡Ay mas, súbitamente, callan todas las bocas:
que trae cada hermano una dolencia más.)

—Y yo—grita una hermana, como rompiendo el nudo
del trágico silencio con daga de cristal—
Yo, en mi memoria, el mármol del catafalco mudo
confundo con la pila sagrada bautismal.

"Flores regué con lágrimas sobre el sellado foso.
Mi hija al són del llanto se sabe adormilar.
Tú, Reina de los Cielos, vigílame al esposo,
en tanto que tu mano me viene a libertar."

—Y yo—dice otra hermana—dí la esperanza al fuego,
y el sueño de un hogar clavé sobre la cruz;
y fuíme, como Antígona, en pos del padre ciego,
en tanto que sus ojos recobraban la luz.

—¿Y quién más inseguro—dice el adolescente—
que el que lleva la planta virgen de caminar?
Los signos de la vida mostráis sobre la frente,
y al fin fue espina vuestra la que os pudo sangrar.

"¡Oh! diéranme sentir la voz de mi destino:
¡palpara yo el obstáculo para mi voluntad!
Supiera ya beber del gozo como vino,
o el llanto, hiel amarga de la virilidad!"

"¿Cuándo será que el ansia alce en mí sus banderas
y salga a la cruzada de la fatalidad?
¡Oyera yo sonar las fraguas altaneras,
forjando los metales para mi voluntad!"

Pero la voz lejana, la del hermano ausente,
la del eterno hermano que no pudo venir:

—Hermanos, mis hermanos—grita lejanamente—
vuestro festín de lágrimas yo quiero compartir.

"Recordad al hermano que se salió a la guerra
del mundo, y que os recuerda sólo para llorar.
¡Ay! y que halló cizaña sembrada por su tierra,
y ahogada entre cenizas la lumbre del hogar."

Y el anciano severo, rojo y encanecido,
dice con el acento bíblico de Moisés:
—Siento que, como un Atlas, un mundo he sostenido,
mirando las legiones de siglos a mis pies.

"¡Vivid!, que de la vida nace el fulgor del cielo,
y sube de la tierra una celeste luz.
Hijos: que mi virtud sea vuestro consuelo:
Creced de mis dos brazos bajo la abierta cruz!"

"Ejemplo de varones os dejo con mi ejemplo.
Besad mis manos, hechas a gobernar la grey.
La muerte ha de encontrame, sobre el frontón del tem-
(plo
grabando las mayúsculas doradas de la ley."

Callan. Yo espero, mudo, que, respondiendo al alma
por entre mis angustias salga mi propio grito.
Pero reina en las cosas una celeste calma,
y olvido mis dolores al tiempo que medito.

Callan. Sobre la hora sólemne de la cena,
el tiempo es una vaga presencia que resuena,
y el instante separa el infinito en dos...
Afuera, de temblores y de misterios llena,
la noche llora estrellas sobre la paz de Dios.

Agosto, 1911.

## LO QUE DIJERON LOS AMANTES

La verdad es que íbamos los tres regocijados,
porque una lluvia tenue nos salpicó a los ojos.
Inmodestas violetas ostentaban los prados;
los nidos se caían de los árboles rojos.

Nos templaba, nos revivía
viento helado, viento salubre:
desde el cielo nos sonreía
la cara familiar de Octubre.

Y me dijeron:— "Eres modelo de ventura.
Nosotros somos una pareja entristecida".
¿Por qué los ví, de pronto, pálidos de amargura?
¿Por qué se apagó toda la fuerza de la vida?

De cenizas era el ramaje.
No había en el campo una voz.
Pareció que, sobre el paisaje,
el viento helado era una hoz.

Y me dijeron:—"Vienes solo, y estás contento.
En la tarde nublada, eres un arrebol.
Ha poco, te sentíamos bañar el pensamiento
en el velo de lluvia que brillaba en el sol".

Pero no recuerdo de fijo
si fue todo lo que dijeron;

pero sé que mi regocijo
al punto me lo entristecieron.

Y me dijeron:—"Tienes la risa de los parias.
Libertad, soledad son tu felicidad.
Las almas ¡oh tormentas!, nacieron solitarias:
¡ay de ellas si se buscan desde su soledad!

En la blanda niebla suave
los amantes se perdían:
Mi fantasía ya no sabe
si lloraban o si reían.

Mas sé que, atravesando la región inclemente,
perdida y anhelante, rauda, inesperada,
del árbol en que viene a reclinar la frente
huyó una quejumbrosa golondrina olvidada.

1911.

## GRITOS DEL ALMA SOLITARIA

La dignidad nativa de mi alma,
en largas horas de meditación,
con resuello de pájaro, las alas
mueve a sublevación.

Y "¡No soy hija de la vida!" clama,
Y porque los caminos de la tierra
no van a donde yo. Porque me inflama
la sola lumbre de mi propia guerra".

¡Oh, qué piedad de las cautivas águilas
que en sed de cumbre y en amor de sol,
levantan con el ímpetu la jaula,
y a donde quiera van con la prisión!

Y yo que a los castigos de la vida
el alma opongo, de misterio llena,
me paro con el alma suspendida
al oir el rumor de mi cadena.

Cruz del silencio,
el índice a los labios se apresure.
Y a vivir en la casa del recuerdo:
última Tule.

Que, su antiguo fulgor desvanecido,
muestran las cosas el cariz desnudo;

y que, sin alas, el dejado nido
cuelga,—seco tributo.

Y porque se acercaron las montañas
últimas y lejanas del paisaje,
y se salieron a vivir confusos
los hijos del espíritu, y el grave
aire los congeló sobre la vida
¡cuando eran sólo de la fantasía!

Ay, y porque la última
esperanza bajó de la colina
y se acercó hasta mí;
pero yo no anhelé la estatua mútila,
ni quise la criatura de la vida,
sino la idea que perdí!

Y el minero del alma adentro labra,
y consume en su lámpara su vino.
Y en los labios me queman la palabra
las invisibles brasas del destino.

¡Ay de la vida, que es sabrosa herida,
y llanto desgranado en el salterio,
y flama con olor! ¡Ay de la vida!
(Temblemos de misterio).

No en vano cada voz me llegaba
como un nuevo mal me atormentaba;
y al son de los trabajos y los días,
trono del corazón ¡cuál te partías!

Yo soy el hijo amado de la vida,
que me robó la luz del pensamiento
para, en la obscuridad de sus arcillas,
aprisionarla con tormento.

Y todas las sencillas emociones
por las que fuí a la fuente,
al punto, incorporadas, se corrompen
en esta realidad doliente.

Y yo no lloro bajo la palmera
ni al hora del crepúsculo me amo,
ni quiero vida buena
ni estoy pleñendo encantos.

No, porque no me traicionó la tierra,
sino encarnando lo que quise sueño;
de modo que mi anhelo ya no vuelva
ni tiene dónde prosperar mi anhelo.

¡Genio de la mentira:
así vinieras a encantar la vida!

Se acercó todo término lejano;
a la hierba cayeron las estrellas:
¡y ya no tengo el otear del llanto,
ni para qué mirar la nada ciega!

Y anhelo el parpadeo de la tarde,
abrumarme en la sombra cobijada.
(¡Ah de la luz que en el camino arde!
¡Ah de la puerta! ah de la posada!)

Pero ¿y las piedras que ha cien años junto
para formar mi casa solitaria?
¿Y el alta luminaria
que atrae mi universo en este punto?

¿Y todas las sencillas emociones
por las que fuí a la fuente?
¿Y el coro de plegarias y canciones
que arrullaban la vida dulcemente?

¿Y el iris que resuellan las cascadas
al sueño de la luna?
¿Y, en los jardines blancos de las hadas,
los sueños del amor y la fortuna?

¡Ay! ¿Y las cabelleras de los ángeles?
(oro de sueño en el dormido cielo)
¡Ay! ¿Y la pompa grande
del coro resonante de los sueños?

Y tú, Musa preciosa, hija del cielo,
¿tú me traicionarás? ¿tú que lo sabes?
Yo olvidaré los nombres de mi pueblo,
yo dejaré la casa de mis padres.

Te seguiré como la hierbecilla
que abandonada a la corriente ví;
fiel como cirio para la capilla,
me dejaré fulgiendo en tí.

¡Hija del cielo! Mis dolores pacen
el olor de tus místicas virtudes.
...Tímidamente, mis estrellas nacen
al trémolo sutil de tus laúdes.

1912

## DESPEDIDA

A la siniestra claridad de acero,
y al aire rudo, y a la luna escasa,
óyeme sollozar ronco y señero,
sendero mío, calle de mi casa.

Que la pupila persistentemente
proyecta aún, sobre la noche fría,
como una visión incandescente,
la flaca mano que me despedía.

¡Caras junto al hogar entristecidas!
¡Manos lanzadas en violenta súplica!
¡Matadoras palabras que, salidas,
me íbais dejando la conciencia muda!

Y yo entorné la temerosa puerta.
Y era, afuera, el camino de la nieve.
La madre alzó la mano: mano yerta:
¡eterno fue el dolor, y el gesto breve!

Y tú, refugio de los pecadores,
ardiente libertad que todo abrasa,
madre guerrera: ¡ahógame de flores
mi sendero, la calle de mi casa!

1912.

## LLUVIAS DE JULIO

Aquí: donde al arrullo de las dormidas ánimas
—sueño de los espíritus—he elegido vivir.
(Pululan y palpitan anímulas simpáticas,
y salta entre los libros el demonio Elzevir).

Aquí, donde las letras pintan obscuras cábalas,
sonríen y se tuercen como interrogación;
donde, para mis ojos, palpita cada página
con un visible trémolo y una sensación.

Adonde el cosquilleo paciente de la pluma
entinta los renglones, depura el español,
—oh monjes—y la mente arróbase y se abruma,
y enciéndese la lámpara al apagarse el sol.

¡Aquí! Bien hayas tú, hada que me recluyes,
la del flotante velo de cuentas, sonador;
fuente, perenne fuente que brotas y refluyes,
e inundas la morada de místico rumor!

Derrámase el doméstico desfile de mujeres
a proteger las flores, a cerrar el balcón:
humildes, invisibles, minúsculos deberes,
cumplidos como una ritual celebración.

¡Alegría! Los ojos de los gatos chispean,
y, en fantástico celo, corren por la mansión.
Al golpe de la lluvia las plantas cabecean.
El cielo tiembla como si fuera un corazón.

El cielo anhela y treme todo como si fuera
un corazón.—Yo acerco el rostro a la vidriera,
y digo al alma mía:—¡Mira la bendición!...

*
* *

...Mira la bendición que flota sobre el campo,
dormido con la lluvia que tanto apeteció;
mira, bajo la lumbre del amarillo lampo,
correr la presurosa silueta del Malampo
que, chorreando, trota a zaga del pastor.

De los dejados cántaros, al labio de la fuente,
el agua se derrama, que el cielo les envía;
y canta tan salvaje y tan alegremente,
que evoca las mañanas frescas en que la gente
moza suelta en la fuente la loca parlería.

¡Enjambre desgranado que suenas a recuerdo,
al ansia de reir y al ansia de llorar!
Si tú no me iluminas la noche en que me pierdo,
hada del aire, con el brillo de tu collar,

disuélveme en un llanto sonoro como el tuyo
la nube que ha cien años resuella mi dolor:
a ver si, como tú, me expando y vuelo y fluyo,
y caigo en un relámpago de plata temblador!

Insectos ateridos, al tiempo que anochece,
fatigan en los vidrios su punta de alfiler.
El campo, en la vidriera, se ofusca y desvanece;
y en tanto que la sombra con la tormenta crece,
comienza el té a cantar y la llama a tremer.

Entrada es ya la noche. Palpita con zozobra,
debajo la tetera, la llama de alcohol.
El alma de los libros despierta y se recobra.
Es la hora en que, a diario, para seguir la obra,
enciéndese la lámpara al apagarse el sol.

1912.

## LA CANCION DE MIS VENTANAS

¡Luz de mis ventanas que, en la noche obscura,
sale publicando toda mi ventura!
¡Luz hospitalaria, faro que me guía!
Afuera es la noche: adentro es el día.

Voces de la calle: lejano revuelo
de música y charlas, arrullo, canción...
Desde mi ventana, mi parte del cielo
ostenta, brillando, los ojos de Orión.

Lejos se retuerce la eterna quimera,
adonde comienza la eterna ciudad...
Una paz balsámica me llega de afuera,
¡y adentro del alma navega Simbad!

O bien, por las tardes, al Héspero claro,
y a la rutilante hora del pastor,
¡con qué gritos locos saludo mi faro!
—La reverberante lumbre de mi faro,
derrama en la sombra dorado temblor.

Ventana, refugio, mirador del mundo,
desde donde oteo las calles de sol,
desde donde asomo yo, meditabundo,
palpos filosóficos cual un caracol;

desde donde aspiro lo que exhala el viento
y ausculto la noche cual un corazón:
—imágen confusa de mi pensamiento
que es una perenne interrogación.

Cuando, con los años, próspera la casa
de la inquieta prole se alegre al rumor,
tenderé las manos al tiempo que pasa,
pediré a los cielos todo su esplendor.

Haré que palpiten todos mis hachones,
soltaré la fiesta de mi corazón,
dos caudas de palmas, como bendiciones,
cruzaré en las rejas del negro balcón.

1913.

## ¿QUE TE DIRE?

A un joven poeta.

¿Qué te diré que merezca tu verso,
hecho de luz y olor de azahar,
si para el canto me siento perverso,
perverso de tanto sufrir y pensar?

¿Qué cantaré que no sea bronco,
y que se acuerde a tu voz de cristal,
si para el canto me siento ronco,
desapacible, desigual?

Viejo laúd, caja sonora:
si es que no tienes el pecho exhausto,
saca del pecho la voz cantora,
haz que parezca que mi alma no llora,
haz que mi hogar parezca holocausto.

Viejo laúd, sonoro marfil:
temo que tengas el pecho exhausto:
teje en tu boca la araña sutil,
y eres de insectos morada vil,
como la toga olvidada de Fausto.

Coro de Insectos:

Gloria a la vida minúscula,
gloria al átomo fanal,
a la aguja diminuta
y al invisible puñal.

Gloria a la plaga que inunda,
gloria al capullo que crece,
gloria al polvo que fecunda
y al ala que fosforece.

Gloria al arte con que engaña
la natural invención,
en las pinzas de la araña,
de la abeja en el punzón.

Gloria a la vida invisible,
gloria al pulso del embrión:
gloria al mal imperceptible
y al bien sin ostentación.

En el laúd que enmudece
y en la cuerda que dormita,
hay un alma que padece
y una angustia que no grita.

Y la canción contenida,
soñando con ser canción,

tiembla en átomos de vida
y vibra en germinación.

Y el trémolo palpitante,
desgarrado de temblor,
cunde al éter anhelante
en enjambre zumbador.

Yo de la voz que se apaga
y la cuerda que reposa,
soy la libélula vaga,
la flotante mariposa.

¡Gloria! Si el vate enronquece,
vencido de la pasión,
la antigua cigarra crece
del vate en el corazón!

(Gloria a la vida invisible:
gloria al pulso del embrión:
gloria al mal imperceptible
y al bien sin ostentación).

¿Qué te diré que merezca tu verso,
hecho de luz y olor de azahar,
si para el canto me siento perverso,
de tanto sufrir y pensar?

Que las mujeres te sean vampiros
y que te quemen sus ojos de hurí,
para que sepas amar tus suspiros,
para que vivas en un frenesí.

Que los dolores coronen tus sienes
y las virtudes derrames de tí,
para que sepas el alma que tienes,
para que vivas en un frenesí.

Que del dolor que la copa rebosa,
sepas y quieras beber hasta el fín:
¡y que halles adentro la perla preciosa,
ay, que yo quisiera hallar para mí!

1913.

## LOS PAVOS DE SUSANA

**Coeo, Coeo.**
"Vuelan por el aire flechas del deseo.
Aura de mañana, tiempo de recreo.
Tiemblan mariposas, pero no las veo.

**Coeo, Coeo.**
Me dicen amores, pero no los creo".

(En el aire flotan guirnaldas de rimas,
y hay un palpitar de incierto deseo,
como si el jardín—granadas y limas—
como si el estanque, cuando te aproximas,
temblaran de verte, con un cosquilleo).

**Coeo, Coeo.**
Me dicen amores, pero no los creo".

"Aura de mañana, tiempo de recreo.
Siento que me siguen palabras canoras;
siento que me lloran, pero a nadie veo;
pienso que me acechan, oigo un cuchicheo;
y hasta el abanico que sopla las horas
oigo cómo late como un aleteo.

**Coeo, Coeo.**
Me dicen amores, pero no los creo".

(Y te abandonabas tal vez al mareo
de saciar los ojos y hurtar el deseo.
—¡Ay, celosas rabias: la pierdo y la veo!
Desde mis jardines, el ave Linceo
sangra de canción como de puñal;
y, ante la explosión de pudores rojos,
se extremece el ave de ser toda ojos
y beber, tan hondo tu imágen mortal).

1913.

# LOS PAVOS DE MI INFANCIA

Luz temblorosa, manto recamado;
fuego azul, fuego añil, fuego dorado.

Fuego dorado, alquimia venenosa;
pintado polen de la mariposa.

Vibrátil salamandra incandescente,
y licor de color, y olor caliente.

Fabulosa constelación de ojos,
verdes en sí y en el recuerdo rojos.

Garganta tersa que a estrujarla incita;
pico anhelante, exacto y sibarita,
hendido y fácil, para que permita
que sangre el ave, cuando el pecho grita
el grito que oigo renacer en mí.

A mi recuerdo—torre o minarete—
llega el tañir de su tenaz bocina,
y miro desgranarse en un cohete
el éxtasis de luz que lo ilumina.

¡Ave! El ventalle de tus plumas ábreme.
¡Ave! Las puntas de tus gritos clávame,
y sean dardos que se estén vibrándome,

fijos en la mitad del corazón.
¡Así, al cantar, el corazón me labres,
para que sean joyas mis palabras,
y ensarte perlas en el hilo árabe
de mi canción!

1913.

## LA MUSA RONCA

Al techo, donde teje la araña de mi olvido,
sube un grito que parte, raudo, del corazón:
dolor que maduraste sin haberte nutrido,
muerete sólo, hijo de sorda tentación

¡Oh Musa que paciste los prados de amargura,
fugitiva del mal, del odio, del ardid!
¿Cómo volver a andar la senda de ventura,
por donde te incitaban los ramos de la vid?

Hoy que, para cantar los amores sencillos,
las flores de otros días busco para los dos,
ni el campo brota flores, ni aromas los tomillos,
ni soplan los pastores sus dulces caramillos,
ni hay Grecia, ni hay Arcadia, ni cielo azul, ni Dios.

(Al techo, donde teje la araña de mi olvido,
sube un grito que parte, raudo, del corazón.
Dolor que maduraste sin haberlo sabido:
muérete solo, hijo de sorda tentación!)

Pero en la carne el hierro de la vida se incrusta.
Duro acento la Musa cobra de maldecir.
Ella, si me recuerda, tan superior y adusta,
en vez de la palabra enamorada y justa
oirá que la reclamo como para morir.

¡Rondeles, madrigales ligeros y galanos!
¡Pajes de seda que se quieran arrodillar!
Ella, si me recuerda, ha de sentir las manos
bañadas en las lágrimas que no quise llorar.

(¡Ay! Y cuáles prodigios volaron de tus ojos,
cuando yo, como antorcha, me iluminé de tí!
¡Qué abejas me picaron desde tus labios rojos,
qué sierpes me lanzaron de tus cabellos flojos,
que toda fue de llamas la tierra para mí?)

¡Basta! Las anheladas notas me resucitan,
y el aire se ha endulzado a fuerza de cantar.
Dí, Musa, la palabra de oro que recitan
las estrellas del cielo a las olas del mar.

Cuélgate de la reja celosa de mi dueño:
rompe la cuerda ronca para que grite así:
—¡Oh virgen, yo sería lámpara de tu sueño,
hilo para tu rueca, para tus pies mastín!

1913.

# IV

# TRADUCCIONES

## EL CASTELLANO DE COUCY

(Del francés del siglo XII)

A vos, Amor, (1) más que a ninguna gente
razón será quejarme de mi duelo,
porque he de partir forzosamente
abandonando a mi leal consuelo,
y nada sin mi amiga soy ni anhelo.
Sabedlo, pues, Amor, seguramente:
si alguien murió de corazón doliente,
ya lay (2) ni copla brotarán de mí.

Pero ¿cómo ha de ser, mi Dios clemente?
¿Al cabo habré de abandonar mi cielo?
¡Ay, que no pueda hacerlo diferente!
Sin ella he de partir a extraño suelo;
sólo recelo que me rinda el duelo
lejos de su caricia diligente;
ni espero ya gozar de amor presente,
fuera del suyo—que tal vez perdí.

Ni ¿cómo, Dios clemente, consolarme
sin el solaz y sin la compañía
ni el deleite que supo dispensarme
mi amiga y dama y confidente mía?
Miémbraseme su fácil cortesía

y sus palabras finas al hablarme.
¿Puede en el pecho el corazón quedarme?
Cierto, pues no se arranca, es torpe y ruín.

Dios no ha querido en balde tolerarme
tanto deleite que me consentía;
antes tan caro se empeñó en cobrarme,
que cuido que el pagar me mataría,
¡Merced, Amor! Si en dios hay villanía,
es villano mi honesto amor turbarme:
que mal puedo a sus lazos arrancarme,
¡y así me obligan a dejarla al fin!

Alégrense los falsos mestureros,
a quien importunó la dicha mía:
peregrino he de ser, mas he de veros
con mala saña, así en la empresa pía
pierda, los frutos que me prometía (3);
que había tanto mal de devolveros,
que, si mandara el mismo Dios quereros
no inventara castigo más cruel.

Parto, señora: al Dios que supo haceros,
mi voluntad, doquiera vaya, os fía.
Ni sé si he de poder volver a veros,
ni si habéis de esperar la vuelta mía.
Por Dios, doquiera vaya, os pediría
—quédeme o torne—que guardéis mis fueros:
que a Dios le pido honores duraderos,
como a esos ojos me prometo fiel.

### Notas al Castellano de Coucy.

En el metro, estrofa y combinación de cada dos estrofas, sigo estrictamente el original francés.

Sigo el texto de G. Paris y F. Langlois, **Chrestomatie du Moyen Age**, París, Hachette, 1912, págs. 287-290; de donde copio la noticia siguiente:

'Guido, gobernador del castillo de Coucy, nacido al mediar el siglo XII, murió en el año de 1203, durante las guerras de la Cuarta Cruzada. Sus canciones han sido publicadas por F. Fath (**Lie Lieder des Castellans von Coucy**, Heidelberg, 1885, 8o). En la que a continuación transcribimos, expresa el dolor y cuidados que experimenta en el momento de dejar a su dama para marcharse a Tierra Santa. Compuso esta canción al partir a la Tercera Cruzada (1191), en la que también tomó parte como, más tarde, en la Cuarta."

En la misma edición aparecen las siguientes notas aclaratorias:

(1).—Los poetas de la Edad Media se dirijen siempre al Amor como a una dama de quien fuesen vasallos.

(2).—Dióse primeramente el nombre de **layes** a ciertas composiciones que los músicos bretones ejecutaban en la "rota" o arpa pequeña, y que hacían preceder de un corto relato en que se explicaba el asunto de la canción. Tales relatos fueron versificados por los poetas del siglo XII, conservando el nombre de layes. Poseemos unas treinta composiciones de este género. Como las novelas" bretonas, están en octosílabos, y son, como ellas, historias de amores y aventuras en que lo maravilloso desempeña un importante papel; pero son mucho menos extensos y, en general, se concretan al relato de una sola aventura. El nombre de layes se aplica, además, a ciertas composiciones líricas muy diferentes de los cuentos bretones, y de éstas precisamente se trata aquí.

(3).—Al hacer voto de peregrino o de cruzado, se prometía generalmente el perdón de los enemigos.

## ELEGIA A LA MUERTE DE UN PERRO RABIOSO.

De Goldsmith (El Vicario de Wakefield, c. xvii.)

Venid, buena gente;
oíd mi canción:
si dura muy poco,
será lo mejor.

En Islington hubo un hombre
de quien el pueblo decía
que era un portento en la iglesia
(por lo poco que asistía).

Generoso corazón,
enemigos no tenía:
dábale ropa al desnudo
(cada vez que se vestía).

Entre los sabuesos, dogos
y otros de menor valía,
cierto can dejóse ver
en Islington, cierto día.

El hombre y el perro
ya son camaradas:
pero, al cabo, riñen
por unas palabras.

El perro se pone rabioso,
al hombre un mordisco le dá;
la alarma cundió por la calle,
acude la gente al lugar.

El perro está loco
—dice la opinión—
¡mire usted que morder a un sujeto
de tal condición!

Dolorido está el herido,
que verlo dá compasión:
el perro estaba rabioso;
juran que no hay salvación.

Pero ¡maravilla de las maravillas!
—el pueblo mentía, miente la opinión—
Muy pronto el doliente sanó de la herida:
¡sólo el triste perro murió!

1919.

# LOS GEMELOS

"Dad" y "Se os dará."

(De Browning).

I

Martín Lutero, viejo grande y bronco,
fábulas floreció—flores en tojo—
y fuera la más bella la más áspera:
las rosas ¿punzan, pues, como las cardas?

II

Pedía una limosna un limosnero
en casa de un abad, dice Lutero;
mas, con voz, que simula sinsabores,
el abate le dijo: "Somos pobres.

III

"Pobres que hubieron abundancia un día:
¡Las dádivas dijeras que llovían!
Mas hoy nada nos dieron para el nuncio:
¿qué habíamos de dar a nuestro turno?"

IV

Y el mendigo:—"Tus yerros considera:
mucho tiempo antes de que yo viniera,

Date y Dabitur huéspedes os fueron;
dos hermanos que eran dos gemelos.

V

"Cuando Date se hallaba bien librado,
Dabitur se tenía por pagado:
si hoy Dabitur se muestra compungido,
¿qué mucho? Date, cariacontecido.

VI

"Decid: ¿quéreis que el uno se recobre?
¡Cuidad de que no sea el otro pobre!
Y, cuando Date haga penitencia,
que Dabitur le ayude con paciencia.

VII

"Guardáos—añadió—de recaer!"
Y al abate humillaba el limosnero...
Este mendigo, muy bien pudo ser
ángel,—dice Lutero.

## EL ABANICO DE MLLE. MALLARME

(DE Mallarmé)

Oh, soñadora, para hundirme
en delicioso vuelo arcano,
quieras—sutil error—asirme
del ala, cogida en tu mano.

Hay frescor de ocaso en la lenta
pulsación, y al preso latido,
delicadamente se ahuyenta
el horizonte estremecido.

¡Oh vértigo! Ya, tembloroso,
el espacio un beso parece
que, loco de nacer ocioso,
ni estalla ni se desvanece.

¿No sientes la huraña ventura
—y sorda, como risa exánime—
que mana de la comisura
de tu labio hasta el pliegue unánime?

¡Oh cetro de la tarde rosa
que, en oro quieto reverbera:
blanco vuelo que al fin se posa
junto al ascua de la pulsera!

1910.

# V

# BURLAS

## SÁTIRA DE LA COMPAÑÍA

Oh mis sabios, mis filósofos:
¡cerrada hallásteis mi puerta!
Ocasión es de marcharos:
la casa tengo hoy de fiesta.
¿Qué se os dan mis interiores,
ni qué mis cosas domésticas?
Idos, que en mi corazón
muchas visitas se hospedan,
y hoy recibo en mi taller
mis libros de cabecera.

Robásteisme ayer en charlas
toda mi carga de penas:
burla hicísteis de mi vida,
murmullos de mi existencia,
hablillas de mis amores,
escarnio de mis cadenas,
de mi ademán comentarios,
discursos de mis maneras,
ensayos sobre mi andar,
sobre mi vestir sentencias,
de mis días efemérides,
de mis noches analecta,
notas de mis desayunos,
de mis comidas polémicas,
escolios de mis bebidas,

corolarios de mis cenas.
Tal, amigos, me dejasteis
como no dijeran dueñas,
por andarme a confesar
en las orejas ajenas.
¡Mal hayan los que reclaman
caricias para sus penas,
amigo en sus alegrías,
compañía en sus dolencias!

Ya mis amigos censores
me alzaron pendencia y guerra,
porque piensan que cantar
se aviene a tener paciencia.
En malos tiempos vivimos,
pues que reir no es prudencia,
sufrir es indiscreción,
maldecir es indecencia.
¿Dónde están los humanistas,
buenos hijos de la tierra,
que me sepan tolerar
todas mis inconsecuencias?

Y yo que cambié por versos
todas mis prendas burguesas,
y el humor manso troqué
por unas pocas de letras,
el pasaporte social
por las tablillas de cera;
los recuerdos de familia
arrojé por la tronera,
y me quedé en el taller,
con mis libros a la vera!

¡Santos ellos!, que el humor
ni me lo juzgan siquiera;
que todas mis maldiciones

Rebelais me las celebra,
y me perdona Aristófanes
todas mis inconsecuencias.
Traigo a Marcial junto a mí,
por si me importuna Séneca,
y Villon me quiere bien
si Chapelain me detesta.
Tirso—de—Molina—mente,
mi musa al balcón me espera;
me auxilia Trotaconventos
con una escala de seda;
el Arcipreste de Hita
me invita de su merienda,
y hasta el Obispo de Hipona,
fuerte brazo de la Iglesia,
me ayuda con las fatigas
de los sentidos en guerra.

Pero discordantes golpes
oigo sonar a mi puerta,
y se asustan los espíritus
que andan en mi biblioteca,
y la paz se me encabrita
y el gusto se me amedrenta:
¡Oh mis sabios, mis filósofos,
se me sublevó la puerta!
No hallo cómo introduciros,
que hoy tengo en la casa fiesta.
¡Idos! Que en mi corazón
muchas visitas se hospedan,
y hoy recibo en mi taller
mis libros de cabecera,
y leo mis humanistas,
buenos hijos de la tierra,
que me saben tolerar
todas mis inconsecuencias.

1910.

## ROMANCE DE MONTERREY.

Monterrey de las montañas,
tú que estás a par del río;
fábrica de la frontera,
y tan mi lugar nativo
que no sé cómo no añado
tu nombre en el nombre mío:
pues sufres a descompás
lluvia y sol, calor y frío,
y mojados los inviernos
y resecos los estíos,
no sé cómo no te amañas
y elevas a Dios un grito,
por los pitos de tus fábricas
y de tu industria en los silbos,
porque te enmiende la plana
y te enderece el sentido,
y diga a naturaleza
que deseando lo torcido:
que te dé lluvia en calores
y sequedad con el frío.

Monterrey de las montañas,
tú que estás a par del río,
que a veces te hace una sopa,
y arrastra puentes consigo,
y te deja de manera,

cuando se sale de tino,
que hasta la Virgen del Roble
cuelga a secar el vestido;
Monterrey de los incendios
que, tostada en fuego vivo,
las rojas llagas te vendas
no sé cómo no te amañas
cada semana de fijo,—
y elevas a Dios un grito,
por los pitos de tus fábricas
y de tu industria en los silbos,
porque hable a los elementos
y te enderece el sentido,
y diga al fuego y al agua
que lleguen a un tiempo mismo,
para que el mal que te buscan
te lo cambien en servicio.

Monterrey, donde esto hicieres,
pues en tu valle he nacido,
desde aquí juro añadirme
tu nombre en el apellido.

1911.

## CUENTO ALEMAN

I

A la hora en que el gato salta sobre el tocino,
y en las vidrieras arde un rayo de oro fino,
y el hombre de la luna comienza su camino,
cantaba en las botellas (oh Baudelaire) el vino.

Cantaba entre el bochorno de las obesas pipas,
que roncan y que sueñan que les sacan las tripas
el nocharniego pinche de las reales cocinas.
Cantaba como canta el viento en las bocinas.

En sueños, la princesa, que lo oye cantar,
en sueños, la princesa se empeñaba en bailar.
La dueña sólo oye las barricas roncar.
(Entre sueños, la dueña se suele emborrachar.)

El rey, como discreto, como persona honrada,
el rey... ¡pues nada sueña, porque no oye nada!

II

Tiene crecidas barbas el ato, por lo viejo,
y rojas, de mojarlas en rojo vino añejo.
El rey tiene por barbas dorado vellocino,
dorado de empaparlo en el dorado vino.

## III

Robó el tocino el gato.—Ya vuela hacia la luna,
bebiéndose, en el aire, los hilos de la luna.
(En el parque del rey, brillaba una laguna,
y la luna se daba baños en la laguna.)

—¡Ay, duende viejecito! ¡Prenda usía su vela!
Diga: aquello que sube ¿es un gato que vuela?
—¡Ay, viejecita duende! ¿Para qué me desvela?
¿No sabe que es el Diablo que nos ronda y nos vela?

¡Bien haya el duendecito que todo lo sabía!
En cada primavera, la barba le crecía.

## IV

Desnuda la mañana su dorado puñal,
y canta el gallo de oro que hay en la catedral.
Despierta la princesa, rendida de bailar;
la dueña, de beber; la dueña, de roncar.

El rey, como discreto, como persona honrada,
el rey... pues nada sabe, porque no sabe nada.

La gente que a la plaza sale a ver el reló,
cuenta que el "Holandés de las Botas" pasó,
cuenta que por la noche vino a robar botellas,
a destruir barricas, a empreñar las doncellas,

y a comer el tocino rociándolo con vino,
id est: a cada trago, un cacho de tocino.

## V

La princesa pariera un feísimo gato.
La dueña se dijera: "Me lo dijo el olfato."

El rey, como discreto y hasta como sensato,
comióse de lentejas un rebosante plato.

¡Así tengáis salud, y así tengáis fortuna,
guardad a vuestras hijas del hombre de la Luna!

Hicieron estos versos cuatro alemanes flojos,
monjes todos, y todos de familias muy ricas,
que no eran ni tuertos, ni mancos y ni cojos,
que, de beber, tenían aspecto de barricas,
y cuatro caras como cuatro soles muy rojos.

1911.

## NOCHE DE CONSEJO

**(En sordina)**

Nave de la media noche
que, en las fatigas del tiempo,
llevas a la borda atada
la cólera de los vientos;
boya de los desengaños,
balsa de los contratiempos:
a todos tus navegantes
hoy prevenirles intento
que estoy mirando en los astros
oscuros presentimientos;
que hay un asorado espasmo
en la mitad del silencio,
y una parenne inquietud
nos contempla desde el cielo.

De la adusta media noche
sobre el témpano de hielo,
flotan los polares osos
de mis pobres pensamientos.
Ayer yo tuve canciones
para saludar de lejos
al arroyo de mi fuente
y al árbol de mi sendero.
Hoy, entre la media noche,

tan aterido y señero,
¡quién dirá que soy el mismo!
¡quién dirá que soy el dueño
de aquella sonora casa,
morada de mis recuerdos!

Por ladrón lo he merecido,
por robar lo venidero:
por enturbiar a reclamos
el sabor de los momentos.
Porque al potro de la vida
acicates del anhelo,
son como brazos alzados
para gobernar el cielo.
¡Bien nos decía, Villón,
oh, qué bien que lo recuerdo:
"Mozos, que perdeis la más
bella gala del sombrero"!

1913.

## LAS QUEJAS

(Sátira de los desterrados.)

—Quéjome, España, de tí.
—¿De mí, Coridón, por qué?
—Tiempo ha que desembarqué,
y nunca he cobrado aquí
lo que en mis playas dejé.
—¡Ay Coridón, Coridón,
que en el lejano Catay
buscas lo que sólo hay
adentro del corazón!

—Y porque no encuentro aquí
la dama que yo soñé:
ni al pie del muro canté,
ni por sus trenzas subí
hasta el balcón de su fe.
—¡Ay Coridón, Coridón!
Tardado has tres cientos años:
con la dama no hay engaños,
¡y habrá cerrado el balcón!

—Quéjome, España, de tí.
—¿De mí, Coridón, por qué?
—Con tus amores pequé,
con tu Dios me arrepentí,
y con todos me engañé.

—¡Ay, Coridón, Coridón!
No sabes lo que te dices:
reincidencias y deslices
las flores del alma son.

—Y porque apenas bebí,
y porque apenas probé,
y tu cocina me fué
tan grave que aun siento aquí
lo que ha tres noches cené.
—¡Ay Coridón, Coridón!
¡Cómo se ve que eres nuevo!
Yo ni como, yo ni bebo:
¿qué me hablas de indigestión?

—Quéjome, España, de tí.
—De mí, Coridón, por qué?
—Con tu orgullo me encendí,
con tu humildad me quemé:
cenizas soy del que fuí.
—¡Ay, Coridón, Coridón!
Claro está que no me amas:
no sabes lo que son llamas
y arden con resignación.

No sabe, no, lo que son,
cuando a llorarlo se atreve,
ni las llagas del tizón,
ni las llagas de la nieve
que alcanzan mi corazón.
Me acusa con intención
cada vez que lo interrogo;
pero ¿y las penas que ahogo?
las merece Coridón?

Madrid, oct. 1917

## MAÑANA DE JUNIO

Pero ¿qué demonios tengo yo hoy?
O he mudado piel, como suelen las víboras,
o no entiendo cómo se me han remozado
todos los sabores que suelta la vida.

Pero ¿qué demonios tengo yo hoy?
Sin yo percatarme, dialogo conmigo,
y soy incapaz de aquel disimulo
a que obliga el mundo, por más que me obligo,

Por mucho que quiera, no puedo dejar de reir:
es todo sorpresas el día:
gano, a cada paso, la luz de un secreto
que no presumía.

Parece que el alma sale a flor de cuerpo.
yo vivo en los ojos, y el aire divierte,
en ondas que palpo, yo no sé que espuma
vaga del espíritu, que sube y se vierte.

Pero ¿qué demonios tengo yo hoy?
que hasta los humildes ritos cotidianos,
andando la calle, me dejan atónito,
y abro los ojos y alargo las manos.

¿Qué tiene de nuevo que rieguen sus tiestos
las pobres muchachas de al lado?

(¡Pero hay una nube de flores y brillos de agua
de brazos desnudos, de sol y de gozo callado!)

La chica de siempre, la cesta de ropa
pesando en el anca, y el cuerpo quebrado.
(Es verdad, ¡pero hay una nube de ritmos, de pasos y
(ojos,
de lienzos mojados, de sol y de gozo callado!)

El tío arrugado de todos los días
pasa con su manso humorismo habitual.
(Es verdad, ¡pero hay una ráfaga de gestos picudos y
(cómicos,
de bien y malicia, de barro-de-carne, de paz animal!

Y me dicen estos amigos que tengo:
—¡Usted se entusiasma por muy poco cosa!
—Es para fingir gustos refinados.
(Yo me sé, en el fondo, que es por otra cosa)

No saben de dónde nacen los poemas:
ven las palabras untadas en libros,
y entre el sobresalto de todos los días
y lo que leyeron creen ver un abismo!

Mi calle, mis perros, mis caras vulgares,
mis niños dorados, mis blancas niñeras
pregonando el cómodo pasar de la casa,
y mis dos fruteras.

Con dos o tres horas fijas al día,
algunos enojos y poca ventura,
diez calles de ida, diez calles de vuelta,
alzo yo un poema debajo del cielo de junio,
y a la misma altura.

1917.

## ANACRONISMO

Ayer, gritando una muchacha: "¡Jaime!"
desde un balcón, al tiempo que pasé,
—sorda la "jota"—sólo dijo: "aime";
y, por engaño de la voz, "ái-mé".

¿Ay me? Quien tan arcádica se plañe,
¿pudiera ser la Diana sin amor?
O bien pudiera ser que yo me engañe,
atento al modo, pero no al valor.

Voz de mis quietas alucinaciones,
callado eco de mi pensamiento:
¡Tú parlas, y tú ríes, y tú pones
golondrinas de notas en el viento!

Octubre 11, 1918.

## CONFLICTO

**(En Sordina.)**

De las uvas que se pasan,
hasta los granos se vuelven azúcar:
¡y así te veo venir, Octubre,
agrio de Abril, bajo el cielo morado!

Todo soy interrogaciones
por haber tenido en poco a los vicios,
y hasta carezco del gesto grave,
decisivo, del fumador.

Para imitar al indiferente
de Watteau, resulto sanguíneo
y regordete, y para cubista
¡me sobran tántas curvas líricas!

Yo soltaré mi secreto un día,
renunciando a todas mis canciones.
¡Ay, pegadiza juventud,
muelle y blanda en mi corazón!

Por ti no me hallo, y por ti
no acierto a llevar el compás.
Harto estoy ya de mis recursos
y funesta facilidad.

cantando donde todo es hablar?
que es la enemiga natural?
¿Cómo hacer, que estoy disonando,

¿Me cortaré la mano diestra,
Gravemente sin gravedad,
torpemente ágil, al fin
me pintaré canas postizas,
para huir, juventud, de ti.

¡Porque me he quedado tan solo,
sobreviviendo a las sirenas,
que estoy viejo de juventud
en este mundo sin pecados!

FIN

# INDICE

# INDICE

Págs.



## VOLUNTADES

## INTENTOS



## RECUERDOS

## TRADUCCIONES



## BURLAS